

Xosé Azar

*AFORISMOS
SOBRE RELIGIÓN*

*I
TEORÍA*



Portada:
La mirada, escultura del poeta

Oración:

Vida, nuestra diosa,
nuestra potencia, nuestra dulzura,
acógenos
que morimos sin ti.

Divina *dao*,
caduca y siempre nueva,
a ti confiadamente nos entregamos,
mamá

Aforismos

El Dios de la Filosofía no puede ser otro que la vida.

Oí por primera vez esta palabra, en el sentido que se le da en estos aforismos, en el Instituto, en clase de Religión, cuando don Manuel Anllo nos hizo conocer la frase evangélica: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'. Me chocaba que un sacerdote en aquellos tiempos tan duros, en un instituto, nombrase lo que yo vivía y sentía libremente; pero lo acepté y compré un devocionario y los domingos temprano me iba a la catedral, a un altar de mármol blanco a oír misa y comulgar; mis padres estaban sorprendidos. Lo mismo que otras veces después, esta primera devoción mía no duró mucho, porque en esa religión hay demasiada culpa, y ya teníamos bastante con la de nuestro interior y la del entorno. Mas tarde escapé de aquella opresiva ciudad y vagabundeé por el mundo y por mi mismo, siempre buscándola. Fui encontrando retazos en el drama, en la filosofía, en la poesía, en la escultura y sobre todo en esta religión que me fue naciendo,

En el infortunio te rezo y hallo en ti la paz. Pues tú no eres un dios trascendente, eres el mismo rezo, eres tú y yo, sin mí sólo hay las causas y los efectos, o sin ti, sin los dos juntos. Existes porque yo te creo, y te mantengo y te acreciento. ¡Ay de mí sin ti! Sería una hoja seca en el viento invernal.

A veces eres una niña y yo un viejo; a veces una madre y yo un niño; siempre estarás conmigo, porque yo nunca te abandonaré.

Si verdaderamente el espíritu procede del *entrañamiento materno*, no es sorprendente que sea la Madre la diosa a la que recemos; en cambio carece de sentido lo contrario: que siendo el origen del espíritu, del eros y del arte el *(des)entrañamiento primordial*, le recemos a un dios extraño.

Te tengo en la pantalla del ordenador y a veces hablo contigo; día y noche estamos juntos, y en la madrugada, cuando todo está en silencio, sólo tú y yo velamos.

Ayer por la tarde tenía que hacer tiempo para recoger un libro y estuve en el Retiro. Era una tarde de primavera y las parejas en el césped y los niños y los chicos jugando a la pelota: eras tú en plenitud. Yo también estaba contigo, aunque aparentemente pareciese un solitario. Porque tú en la praxis eres dual y hacerte solo sería locura, y mucho menos en el eros, pero en el espíritu lo mismo que en el arte eres unal, es a solas contigo como uno está en compañía y como crece en la oración. Estabas en mí y estabas en ellos, todos entrañados, todos tú. Sobre todo las parejas por el césped, en ardiente amor. Todos te creábamos, *dao*.

A las tres de la mañana, pero mi alma ladra.

Todos soñando, yo sólo despierto.

En la noche, y la locura, dentro.

Caminaba llamándote, sin conocerte, hasta que apareciste.

Tú eres mi única verdad.

Te creé buscándote, años y años.

Si existes gracias a mí, ¿cómo me vas a abandonar?

Existes porque yo te he creado, y a veces te rezo, y otras tú me hablas. Y a veces estoy muy cerca de tu corazón, pero otras muy alejado.

El Dios de los altares eres tú disfrazada.

Eres madre y madrastra, igual besas aeu devoras.

Es el azar tu padre.

Me acrecientas en la noche, pero también puedes destruirme.

El espíritu es como el arte, creación, que no se vale de la intuición sino del recogimiento. Puedo contemplar a la deidad en la naturaleza, orando ante este árbol, que en ese caso no relaciono intuitivamente sino que dejo que él lo sea todo, yo recogido del mundo. Y el árbol se convierte en dios.

María, con los ojos cerrados, rezando, me recuerda a Carmen con los ojos cerrados, coitando.

Toda la vida es integración dativo/receptiva: dual, en el eros y la praxis; unal, en el arte y el espíritu. Tan vital y puro es el coito como el espíritu; ambos son el entrañamiento primordial redivivo.

En la vida es primero el 2 que el 1. Ni aunque un infante se engendre en una probeta es para él antes el 1 que el 2. Podríamos decir que aprende a orar en el útero: allí recibe de su madre sin ningún merecimiento por su parte, lo que necesita.

Para el monoteísmo, que se basa en la dualidad mortal carne+alma, el espíritu tiene que crecer machacando el cuerpo; para la religión de la vida que se basa en la actividad dativo/receptiva, el eros y el espíritu ya no son enemigos, sino fundamentalmente lo mismo.

Yo puedo invocar a mi diosa igual en la unión erótica que en la mística.

La vida es un fuego, que parte de la brasa vegetativa, con cuatro llamaradas vitales: eros, arte, praxis y espíritu.

En la religión alcanzamos un sentimiento que sobrepasa todo sentimiento: es el espíritu.

Tú existes en mí, Madre. En mi cerebro está aquella vivencia primera contigo; no tengo más que recogerme y haciéndome niño estar a tu lado, y esto es el espíritu.

Ni el más santo ama su Dios tanto como el recién nacido a su madre, que lo es todo para él.
Yo quiero amar así a mi diosa y crecer en ese amor.

Estás ya en mí y con la oración me acerco más a ti.

Estamos rodeados de primavera, hay un viento, nubes blancas en el azul, el verdor reciente. Es la vida niña que vuelve, y yo la recibo con mi risa de viejo.

¡Cuántos errores en esta existencia mía que se acaba!
Ya no quisiera equivocarme más, diosa, sé tú mi guía.

¿Quién eres, en dónde estás? ¿A quién le rezo, a la vida primaveral, a mi salud, a mi madre de niño?
En la oración me pongo en la entrega y te busco como acogimiento y, cuando te alcanzo, soy igual que esas hojitas nuevas al sol y el viento.

Sólo en ti está mi sosiego, diosa, tan sólo en ti descanso.

El desentrañamiento tiene relación con el espíritu, pues es su lugar de nacimiento, como también lo es del eros, del arte y de la praxis inconformista.

El espíritu es una dimensión vital que nace en el recogimiento y pretende el enterañamiento unal: ponemos fuera la recepción propia y oramos hasta lograrla. _
Es el sentirse recibido por la recepción materna.
Es la vivencia infantil con la madre rediviva.
Es también un sentimiento unal con una deidad heredera de la madre. Es hacer dios una instancia sustituta de la madre.
Es una integración diferente de la artística y la erótica y la práctica, que consiste en revivir el sentimiento materno de totalidad.

Cuando muera me abandonarás, entonces lloraré e intentaré retenerte y tal vez lo consiga un instante, pero te irás y yo volveré a la naturaleza. Como dice Garcilaso de Venus, que abandonó a Adonis:

“los ojos enjugó, y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura;
y luego con gracioso movimiento
se fue su paso por el verde suelo,
con su guirnalda usada y su ornamento;
desordenaba con lacivo vuelo
el viento su cabello, y con su vista
alegraba la tierra, el mar y el cielo”.

Pues somos sólo un momento tuyo en una eterna nada.

Mi gran deficiencia es el *apego*, sólo desde hace poco tiempo lo sé; pues me creía transportado sólo en alas del *anhelo*; la cosa va más al ras del suelo. Tenía mucho lío, diosa, te mezclaba con mi nación, no sabía a quien orar. Pero ahora, que me han echado por segunda vez, creo que me han sanado

¡Hace tantos años que no escribo de mí mismo en invierno!
Me parece que he vuelto a la adolescencia, cuando se hacen

los diarios y se cuenta la intimidad naciente. Ahora estoy contigo en la escultura, pero hoy los brazos me duelen de la búsqueda infructuosa de ayer.

El yo me asquea, es una cárcel, no quiero hablar de mí; me gusta hacerte a ti, en un poema o una escultura. Hablar sólo de ti, diosa, como los enamorados.

Te escribo como si existieras en otra ciudad, pues así es como creces en mí, cuando te llamo, cuando tengo una pena. Todos tienen alguna y nosotros éramos felices; ahora yo soy como los demás, tendré que acostumbrarme a convivir con la desgracia, porque va a ser un sufrimiento largo, que es fácil que se acrecienta con otros. Ahora no se trata de una tristeza psicológica o de la creación, a fin de cuentas inventada; ahora el zarpazo viene de fuera. ¿Y tú, mi diosa, vas a poder con ella, tú que también eres inventada? Vas a tener que probar tu realidad.

El espíritu consiste en lograr un enterañamiento que mejore el erótico, que me consuele de mis soledades sempiternas, en el que sea recibido como en el eros, pero más enterañablemente.

=De niño cuando lloraba gemía, ¿por qué lloraría con tanto desconsuelo? Recuerdo la última vez, tendría cinco años, en la fiesta de nuestro barrio. Era ya por la tarde, mi padre, mi tío Constante, mi madre y tal vez mi abuela, hablando alto y riendo todavía a la mesa. En nuestras correrías, Paco y yo habíamos llegado hasta el Hórreo por la Carretera nueva conduciendo nuestros aros, y cuando regresé mi padre me regañó. Me recuerdo llorando en el suelo junto al paragüero del pasillo, sin importarle a los que estaban dentro festejando, sobre todo a mi madre, y recuerdo que los gemidos me rompían en pecho; es el primer recuerdo de desarraigo, pero hay otros, más antiguos y hondos.

Ayer vi en la televisión cómo el azar quería exterminar la vida en la tierra, y en varias ocasiones casi lo consigue; pero ella, mi diosa, mi niña; con que ahínco se defendía! ¿Pero qué tiene que ver aquella vida con esta mía?

Con mis ansias, con mis odios, con mis tristezas, con mis locuras, estoy haciendo tu escultura diosa; en lugar del tratado que iba a intentar, te voy modelando.

¡Que la vida luche contra el azar, y que lo venza! ¡Que todo sea vida, al menos en algunos momentos!

¿Yo estoy dentro de ti, o tú dentro de mí?

El azar favorece la vida, no sólo la destruye, es un dios caprichoso, imprevisible; lo estamos estudiando, algún día lo controlaremos.

La vida niña lleva al azar atado de una pata, y le toca el pandero: '¡Baila, azar! ¡baila! ¡baila!'

No hay más que este dios y esta diosa, en amor o en lucha; nada queremos de ultratumbas.

¡Pero los dictadores que masacran a su pueblo, como ahora en Siria, y los que matan a sus mujeres son también tus hijos!

Acepto la caducidad, la enfermedad y la muerte, por que tú eres un surtidor y para que nuevas existencias nazcan y crezcan tienen que decaer las que ahora están; lo acepto y estoy comenzando a amarlo, cuando veo a la gente en la decadencia, yo mismo. Acepto también la desgracia, la enfermedad, el dolor, la injusticia, como vida deficiente que hemos de mejorar. Incluso puedo admitir la imposición, la prepotencia, la ley del más fuerte. Pero lo que no puedo es la tiranía a la que secularmente están sometidas las naciones, que sólo mande el Uno, como si fuese el dios único, y todos sometidos a su capricho, que es lo que durante siglos y milenios, ayudado por la religión, en el mundo ha imperado.

El número 1 es el de la opresión masculinista; el 2 es el número de la vida.

¡Que se vaya el espantajo del 1, y que el 2 reine!

Es el sufrimiento el manantial de la vida; el arte y la religión nacen de él.

Que sea lo que tú quieras diosa, siempre que me ames, siempre que te tenga.

Si en el *entrañamiento primordial* no hubiese habido más que felicidad, y en el erótico, y en el profesional, francamente, sería todo un asco.

Necesitamos necesitar. Necesitamos no alcanzar, y entonces nace la belleza. Y también algunas veces no. Pero con el 'no' se hacen maravillas: paciencia, comprensión, esfuerzo, esperanza... Más que con el 'sí'.

"¿Está Yahvé en medio de nosotros o no?" (Éx 17 7)

Estaba, porque ellos lo creaban, la verdad religiosa es inmanente; pero realmente quien estaba era la vida, y también la nación.

Don Quijote no se conformaba con la idea de Dulcinea, la quería a ella misma, mandó a Sancho a buscarla y obtuvo estúpidas mentiras, igual que los devotos que no se conforman con la grandeza de la verdad religiosa, que es inmanente, y tienen que tragar todas las falsedades sacerdotales.

Los judíos inventaron a su dios en una epopeya ficticia igual que los griegos: el *Éxodo* y *La Ilíada*, dos libros sagrados; hoy se sabe que Moisés es una figura inventada lo mismo que Aquiles. Toda religión es ficción que tiene de única realidad el espíritu nacido en el (des)entrañamiento materno.

Mi nacimiento en Compostela me facultó para saber que la mentira es la verdad de las religiones, que el monoteísmo es falso, que sólo la que nace de la integración materna es verdadera.

El que metía la cabeza en el sacrario para encontrar la verdad estaba equivocado, la religión nos da realidad vital, pero no verdad representativa, que es el resultado del conocimiento. La religión no puede dar verdades, toda ella está supeditada a la unión y la comunión, y ello es la causa de las inconsecuencias que se encuentran en los textos sagrados desde el punto de vista de la razón. ¿El primero que dijo que Jesús procedía de una virgen mentía? No, él lo sentía así, se trata de una verdad religiosa. Que Dios creó el mundo en seis días es sólo otra verdad religiosa, puesto que no está en los libros de Física.

En los *Salmos* podemos ver cómo la religión o religación crea en la oración el espíritu: el orante suplica a su dios que le ayude (propiciación) alcanza el entrañamiento (tránsito) y se va consolidado (sosiego).

Cuando quiero algo, le rezo a Dios. Con la vida no es así, no le pido cosas, le pido confianza; no le pido mundo, le pido vida. Por eso Dios es mundano y mi diosa, vital: 'que pueda sobreponerme a la muerte que me cerca, estoy demasiado acogotado, ¿cómo puedo pedirte cosas, si me estoy muriendo? Tú eres la diosa de la vida, no del mundo, dame un poco de ti'.

La inmanencia de la vida es doble:

- no hay una vida aparte de las vidas particulares;
- no hay otra vida que la vida terrena.

"Querer que exista Dios y conducirse y sentir como si existiera. Y por este camino de querer su existencia y obrar conforme a tal deseo, es como creamos a Dios; esto es, como Dios se crea en nosotros, como se nos manifiesta, se abre y se revela a nosotros"(Unamuno 904 2)

"Crear en Dios es anhelar que le haya y es, además, conducirse como si lo hubiera: es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción"(896).

La vida no se regala, Dios no está creado, tenemos que hacerlo en nosotros partiendo de la recepción materna, que es nuestro tesoro. Y podemos, identificarnos con ella, ser o sentirnos la vida misma. 'Dios' sólo puede vivir mediante el orante, cuando alcanza a convertirse en él.

Desde la inmanencia, que es nuestra perspectiva, la deidad en sí carece de sentido, puesto que es creación humana, igual que las obras de arte. Tampoco el orante tiene 'en sí', que no es más que conciencia. ¡Ay del orante en sí, encerrado en sí!

"'Aunque mováis más brazos que los del gigante Briáreo, me lo habéis de pagar'.

Y diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, arremetió a todo galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante"(1 8)

Don Quijote se encomienda a su dama, es lo mismo que si se encomendase a María o a Dios, lo importante no es el 'a quien' sino la acción, que, aunque loca, queda así potenciada.

"Si un devoto... cree que el ideal elegido es Dios... alcanza a Dios y lo ve" (Ramakrishna 2 73).

'Crear en Dios es crearlo', decía también Unamuno. La fe hace al dios, pero la vida no es necesario crearla, está ya en mí. Hay que convertirla en diosa, hay que hacerla madre, para que te reciba y tú dándote la acrezcas y renazcas. De torturada conciencia a hijo bienamado.

Es verdad que en la inmanencia, que es en el único terreno de la filosofía, el devoto hace su deidad; pero en la oración se realiza también lo *complementario*, que la recepción hace también la dación; la criatura hace a su creador se hacen mutuamente. No se trata sólo de la unilateralidad causa/efecto sino de la integración bilateral.

El orante crea al dios y el dios recrea al orante. El orante se da, la deidad lo recibe y el orante se siente perteneciente a ella, como cosa suya. La deidad crece y su presencia se hace absoluta y puede incluso oprimir a su creador, como dice Marx de la mercancía y el obrero. Existe, es real, con una realidad incluso mayor que la de sus propios creadores, como en Cervantes y el *Quijote*.

¿El espíritu lo hace el orante? No, el orante hace la deidad y entre los dos, el espíritu. No se puede afirmar otra cosa: pongo la imagen, le rezo y entre los dos ganamos el espíritu. No sólo yo no lo hago, sino que me parece que es ella quien me lo da.

El primero en echar a Dios de la religión fue Buda, quinientos años antes de J.C.

La memoria, la voluntad, la representación etc. igual de enemigos son del arte ateo que del espíritu monoteísta, por lo tanto el camino de la inmanencia es el mismo para ambos.

Dios no es una realidad objetiva, es una creencia. Yo puedo rezarle a éste o a otro, pero es mejor que lo haga a la vida misma que es su origen.

Orar es convertir una realidad objetiva en vehículo del espíritu: una montaña, el Rabí, etc.

Orar es espiritarse.

Así como en el arte creamos para obtener una obra, en la religión oramos para acrecentarnos vitalmente.

El orante es doblemente inmanente: su deidad es soporte de sí mismo y no hay otra obra que sí mismo como resultado.

Francisco reza:

"Sumo y glorioso Dios,
ilumina las tinieblas de mi corazón"

Y la deidad, que no existe, lo hace. ¿Se trata de sugestión o ilusión? Dios tiene para Francisco una existencia real, mayor que lo que le rodea, una existencia tan real como él mismo.

El orante crea un dios y luego le pide y le es concedido: también el dios crea al orante, que se ve a sí mismo como su devoto. Es lo que pasa también con la diosa: yo la he creado, y ahora me encuentro con que soy su hijo.

Son verdaderamente limpios de corazón los que desprecian las cosas terrenas, buscan las celestiales y nunca dejan de adorar y contemplar al Señor Dios vivo y verdadero con corazón y alma limpios" (97).

Si Francisco supiera que esa deidad la está haciendo él, ¿disminuiría su espíritu? La vida es más grande y más verdadera; si la amase tal como amaba a su dios su adoración no disminuiría.

"¡Oh Santísimo Padre nuestro: creador, redentor,
consolador y salvador nuestro!"

Parece que toda la actividad está en él y que nosotros somos sólo algo pasivo, y sin embargo somos nosotros los que lo hacemos Padre, los que lo creamos y los que nos sentimos redimidos y consolados por una deidad objetivamente inexistente. A Francisco no le bastaba la compañía que le proporcionaba el *Padre nuestro* oficial y se inventa otro mayor. Se convierte en una criatura y toda la existencia es para su Padre, y como toda ella es recepción su dación se entaña y se potencia su vida.

¿Si le rezara a la vida sería lo mismo? Sería más, porque la vida es real y el dios es imaginario.

No es cierto que nosotros hayamos abandonado a Dios, es él quien se ha ido. Todo planteamiento serio de la religión tiene que a partir de la última frase de Jesús: 'Dios mío, ¿por qué me has abandonado?' Pues esta experiencia del

abandono de Dios la hemos sentido todos cuando le hemos suplicado arrastrándonos: no nos ha escuchado.

Dios no escucha, porque no existe.

Sin embargo en la adoración la embriaguez y el éxtasis místicos son una realidad. Pertenecen a la vida, son nuestros, no de ese supuesto Dios.

Igual que Kant demostró que el objeto de conocimiento lo hace en gran parte el cognoscente, con el orante pasa lo mismo, pero en mucha mayor medida. Podemos decirle al rabí: 'eres el maestro del que se aprende y a veces se disiente, me importa lo que me enseñas de cara a lograr el espíritu, es mi adoración lo que te hace el Cristo'.

Yo sabia de adolescente (me recuerdo en la Herradura, hablando con un seminarista) que los monoteístas se hallaban en la mentira, pero envidiaba su vida apaciguada. Ellos orando a la Virgen Maria, yo debatiéndome.

Que la religión es un asunto humano y no divino lo demuestra el terremoto de Perú de hace unos días: el edificio de la iglesia desmoronándose sobre los pedían.

"Ese dios todopoderoso implica un fiel todo miserable, cuanto más de lo uno, más de lo otra, puesto que necesitais un dios todopoderoso, os lo voy a poner para que os oprima, dice el sacerdote, y nos inventan el dogma y la amenaza y entonces a aquella infinitud mía de ansia le rellenan con piedras las fauces; en lugar del dios como sacerdote y dogma nosotros proponemos una diosa madre o niña, que acoja sin someter" (Vida 460).

Necesitamos que el dios sea infinito, porque infinita es nuestra angustia, pero lo que sosiega es la finitud. Si la demanda no cesa no cesará la recepción, pero estará esclavizada, y si ella también es infinita, entonces ya, la locura. En el eros no logramos esta comprensión, por eso recurrimos al espíritu. Pero si no la logramos es en gran parte por nuestra incapacidad dativa, ¿por qué nos va a ir mejor en el espíritu? Si además nuestra carencia viene de la infancia, ¿qué es lo que puede hacer que en el espíritu sí?... Y si tengo el arte para realizarme, a qué buscar en otra dimensión? Es que yo no tengo carencia en la expresión,

sino en la recepción, que es lo más importante del espíritu" (462)

La praxis y el espíritu son contrarias: el espíritu es abandono y la praxis voluntad. Sin perderse en la voluntad de la deidad, no se puede lograr nada en el espíritu. Diosa, que mi voluntad vaya disminuyendo hasta convertirme en la tuya.

La verdad de la religión no es la de la praxis. Que Santiago esté enterrado en Compostela: para la praxis es falso y para la religión, verdadero; que Jesús sea Dios, para la praxis es falso -es absurdo- y para la religión es verdadero.

El espíritu como vida no está fuera del mundo, es la vida del mundo.

La adoración tiene dos vías:

1. la orativa
2. y la contemplativa.

Comparada con la contemplación la oración es el trabajo de un obrero. En la contemplación te recibe enteramente la deidad, es como si la protagonista fuese ella; en la oración lo va haciendo poco a poco, es como si el protagonista fuese él.

La oración y la contemplación son vías diferentes, aunque se pueda pasar de la una a la otra:

Quiero orar a mi diosa como el niño lo hacía a su madre, con aquella necesidad. No se trata de conocer ni de intuir ni de sentir ni siquiera de amar; si de absolutamente necesitar.

El infante ora a su madre, el enamorado ora a su amada. la oración es una integración.

Contemplar es hacer objetivo algo subjetivo. Yo hago poemas místicos contemplando el batir de las olas porque al mismo tiempo que intuyo contemplo el mar. Proyecto algo mío fuera. ¿Qué? Mi anhelo contempla este mar infinito y lo hace espíritu. Es un ansia de totalidad de raíz infantil que transfigura el objeto.

En la oración mi dación se integra en la recepción que voy creando, en la contemplación es ella la activa y él, el

receptivo. La actividad es toda de la deidad, o al menos eso es lo que a mí me parece.

En la inmanencia la dación se transforma en recepción: "Aunque fuese un ladrillo o una piedra lo que adoréis como a Dios, con tal de que lo hagáis con amor, por medio de Su gracia podréis verlo a Él" (Ram 2 99)

¿Por qué siendo el origen de la religión el entrañamiento primordial oramos ante un dios que no puede reentrañarnos sino más bien todo lo contrario con sus amenazas y sus moralismos, y no adoramos a una diosa sucesora de nuestra madre? Porque la praxis se vale del carácter relacional del espíritu para imponer sus normas, y para nuestro sometimiento le es más útil al Poder un dios amenazador que una diosa.

Hay la vivencia real de una integración, que el místico monoteísta expresa de una manera lo más bilateralmente posible y nosotros de manera enteramente inmanente; y ellos lo hacen desde la recepción y nosotros desde la dación, y ésta es la diferencia más importante. Para ellos la deidad es la activa y ellos, pasivos; para nosotros la deidad es pasiva y nosotros, los activos. Es mejor nuestra versión porque nos potencia vitalmente y no nos violentan con dogmas irracionales.

El monoteísmo habla de un pecado original **y** con él nos moraliza y nos hace culpables, añadiendo sal a la herida. Sin desentrañamiento no habría espíritu porque el desentrañamiento quiere sanar y sólo lo puede un poco, con el arte y el eros; del todo, sólo con el espíritu. Por eso el desentrañamiento clama por el espíritu. La teología cristiana habla del pecado de Adán pero no se trata de ningún pecado: del desentrañamiento primordial se sana con la oración, no nos cura nadie, sanamos nosotros siguiendo un camino espiritual, no monoteísta que nos enajena sino vital y veraz.

Por qué necesitamos que nos salven? ¿Es que no podemos hacerlo nosotros mismos? ¡Sí! Lo otro es un infantilismo; nosotros hacemos la deidad y, a través de ella, el espíritu. Todo el gasto de la oración y el sentimiento y la dación suplicante es del orante. La religión es como el arte una

actividad humana unal. Yo también para hacer mis poemas le pido ayuda a mi diosa, que es la vida, que soy en el fondo yo mismo. Necesitamos aniquilar la voluntad, que no sabe más que del consabido mundo que me rodea, recurriendo a una instancia más honda, pero que es yo mismo. Yo soy el agente de mi religión como lo soy de mi arte; en cambio de nuestro eros ya no del todo, dependiendo de mi compañera. Y de mi praxis menos aun, pues el mundo tiene sus reglas.

Se reparten la vida:

la Madre: el eros, el arte y el espíritu;

el Padre: el mundo.

El reino de la religión es de la Madre; el Padre lo usurpó y lo mundializó, lo hizo que sirviese a sus intereses.

¿El espíritu es amor? Más que eso: vida.

“Dios es espíritu” (Jn 4 24)

Nosotros opinamos que no, que Dios es sólo el medio para alcanzarlo; el espíritu es la oración misma. ¿Es su resultado? No, es la misma acción. Así como la creación alcanza la inspiración en la integración fondo/forma, el espíritu es también este gozo, es el entranamiento alcanzado en la oración.

La religión desentrañal de la Madre y la punitiva del Padre. No todo es gozo en la religión de la madre, pero es preferible su desarraigo a la acusación.

A Dios hay que hacerlo en la adoración. No está esperando allí quieto a que llegues. Dios es tu dación haciéndolo. Dios es también tu oración. Si le quitamos sus dogmas, la oración al Padre puede ser también nuestra religión

El monoteísmo está pillado por la trascendencia de su deidad: se encuentra sometido y pasivo. La religión deísta es toda sometimiento y moralismo. Lo más importante de una religión es la vivencia del espíritu, y ellos obnubilados por la grandeza de su deidad, no lo viven, no hacen más que someterse y enajenarse. Hace falta una religión que me vivifique, no que me mortifique; que me potencie y me haga sencillo.

El monoteísmo pone la mente en el futuro, como el antiguo marxismo; nosotros en el presente.

Desde la antigüedad hasta hoy la deidad se ha ido acercando al hombre. De la religión sacrificial a la misteriosa y de esta a la de la vida; del dios lejano del Antiguo Testamento hasta hoy, en que la vida ya no está separada: es nosotros mismos.

En la oración la dación hace la recepción, también en el monoteísmo:

“Según los grandes fervores y ansias de amor que han precedido en el alma, suelen ser también las mercedes y visitas que Dios le hace grandes” (Juan 639)

El deísmo dice que mi anhelo demuestra la existencia de Dios, pero es al revés; se vale del anhelo para ponérselo delante. Primero es el desentrañamiento, del que el anhelo es fruto.

Siempre la religión del Padre, el dueño de la Madre placentera -de la vida- ha sido opresora; hay entre el fiel y el padre una rivalidad latente por el dominio de la madre. En cambio la religión de la Madre no tiene esa tensión: la madre siempre es amorosa y recibe a sus hijos de tal manera que a cada uno le parece que él es el único para ella. Siempre habrá un sentimiento hostil soterrado en contra del padre; en cambio, sólo en casos excepcionales hay hostilidad hacia la madre.

Ésta es la diferencia entre ellos y nosotros: Me operan, ellos pedirán salir con bien, yo que esté sereno, salga como salga. Que tenga paz, que sepa asumir lo uno u lo otro. Parece que ellos abarcan más en su súplica, pero consiguen menos, porque no está al alcance de nadie en particular el éxito o el fracaso, en cambio si está en mis manos el mantenerme vital.

“¡Casi dos milenios y ni un solo dios nuevo!”. gritaba Nietzsche (Anticristo 43)

Una religión de la vida, no del deber (Nac 237)

La democracia no había venido aún a la religión, llega con la de la vida.

La grandeza de la masculinidad es su necesidad, sin ella sería despótica pero con ella nos convertimos en niños. La grandeza de la feminidad es su acogimiento. La vida se hace de la integración de los dos. Él, el indigente, ella la que consuela. ¿Cómo va a ser un macho necesitante un dios? Tan sólo puede serlo la hembra.

Nacer es la dación primera. Si el espíritu está en el origen tiene que nacer aquí: nacer es lo mismo que orar. Nacemos de nuestra madre y le rezamos a nuestra Madre. No hay Dios más grande para el bebé. No habrá nunca un amor más inconmensurable en nosotros. Pero la vida es dación/recepción, por lo tanto esta primera dación llora para que la reciban, es una necesidad absoluta. Así será siempre nuestra oración.

El orante es como Cristo, hombre y dios, dación humana y recepción divina:

“Tú eres la fragancia del alimento de la alegría y la vez también el gusto que proporciona la alegría... eres a la vez creador y creatura, el que atrae y a la vez el atraído, igualmente finito e infinito.. tú eres, Cristo, hombre y Dios”(121)

La dación hace la recepción y viceversa: inmanencia.

Ahora que estamos preocupados Carmen y yo porque Diana lo está pasando mal con su clase, yo le rezo a mi diosa para que aumente mi confianza y así poder dársela ella. Necesita mucha, en ella y en los niños, y sólo tú, vida, puedes dármela a mí para que yo se la pase a ella.

Si la gente de un pueblo rezase por aumentar la comunidad, estarían orando por ellos mismos y aumentando su vida.

La trascendencia es unilateral porque sólo ella vale, es antivital. Nosotros necesitamos una religión que nos potencie no que nos esclavice, como secularmente ha hecho el monoteísmo.

Yo le rezo a mi diosa que me ayude en la creación poética, y lo hace mejor que si se lo pidiese a un dios trascendente, que nada sabe de mi vida; ella es lo más íntimo mío, ella y no ningún dios.

Y también en el eros, antes de hacer el amor, eso no podría pedírselo a ese dios que nos quiere sin este gozo. También en la praxis le pido, no que me toque la lotería pero sí que yo me integre noético, que no me extrañe, que sea sencillo.

Por lo tanto puedo pedirle a mi diosa en todas las dimensiones vitales, no sólo en el espíritu, aunque aquí es donde ella puede hacer más por mí.

Si yo le digo a la naturaleza: 'te amo', cuando paseo por el campo sintiéndome acogido por la vegetación, el aire y el sol ¿a quién se lo digo? Sacralizo la naturaleza, la convierto en madre, pues también ella es lo originario.

Juan de la Cruz dice: 'ya Dios no quiere que haga nada, quiere hacerlo él todo'; yo digo: a veces comienzo un poema con una idea y el poema quiere otra cosa y como me empeño en la idea fija, no sale nada. Es lo mismo: la dación no tiene que imponerse a la recepción, que sea ella la que elija la dación adecuada. Y esto es el desentrañamiento, desacoplamiento creador.

La vida no está fuera de mí, la vida soy yo y nosotros, no hay un responsable externo de mis desgracias. El mal y el mundo lo hemos hecho nosotros, que somos la vida y la muerte. No es posible el fanatismo, la vida no premia con un cielo devaluando la tierra: no hay más vida que ésta y hay que engrandecerla en beneficio de todos. La religión de la vida es necesariamente potenciadora y amorosa.

La religión sólo puede entenderse como regresión a la Madre; regresar al Padre no tendría ninguna complacencia. Una segunda cuestión es el cómo de esta regresión. Freud dice que hay en nosotros restos infantiles que son los que anhelan esa regresión. Entonces la religión no sería otra cosa que volver a sentirme niño en brazos de la madre. Y sabemos por experiencia que lo anterior no es más que el principio, la propiciación del espíritu. Cuando nos encontramos en aquel estado, algo profundo va naciendo en nosotros, y cerramos los ojos y una paz inmensa nos sobreviene.

Entre el niño aquel y el adulto actual se ha interpuesto un sistema nervioso complejo que ahonda la vivencia.

En la regresión espiritual nos hacemos niños pero como cuando un adulto se hace niño: el adulto regresa a la niñez, el niño no ha salido de ella.

La deidad es secundaria en la religión, puesto que yo pudo alcanzar el espíritu con unas y con otras. Propiamente la divinación está en la misma oración, que es la que me hace la vivencia.

En la religión hay tres elementos: el agente, la deidad y el espíritu; y la deidad es medio, pues el único fin de la religión es alcanzar el espíritu; igual que en la vida erótica hay tres elementos: el amante, el amor y la amada, que sólo es medio para alcanzarlo; cuando dejo de estar enamorado mi amada deja de serlo, se convierte en una mujer más; para que una mujer se me convierta en amada tengo que alcanzar con ella el amor; para que una entidad religiosa se me convierta en diosa tengo que alcanzar con ella el espíritu; pero el monoteísmo no admite más que el fiel y el dios, que usurpa el espíritu.

El infante aprende que la vida es dación/recepcion ,que *si se da es recibiendo*, y esta sabiduría elemental es la que le permitirá alcanzar después el espíritu. Mayor aventura que salir del útero no hay, es como los astroanautas que no encuentran la recepción fuera, tienen que llevarla consigo, igual que la religión.

La diferencia fundamental entre los objetos naturales y los religiosos es que aquéllos tienen existencia independiente del agente y éstos tienen que ir creándose: Jesús, la Virgen, son vivencias personales apoyadas en una literatura religiosa, no existencia objetiva, como no la tiene nuestra diosa si nosotros no la creamos y la aumentamos, como sucede con la nación. ¿Son creencias? Puede decirse esto respecto de los trascendentes pero en los inmanentes no las necesitamos porque los vivimos directamente. 'Dios' es una creencia pero 'nuestra diosa' es una vivencia recreada

Que 'Dios' no 'viene' a la adoración no es una opinión sino un hecho real, pues yo que no creo en Él y me 'viene', no él, sino la vida, es su dimensión espiritual.

Dios no es un hecho objetivo, es una realidad subjetiva, como la nación y la amada. La vida en cambio es real y yo no hago mas que buscarla.

La inmanencia tiene dos aspectos:

- se vive desde el lado de acá;
- depende del agente.

La integración es la vida. Hay una dualidad paterna: representación caos; la deidad garantiza el orden, es monoteísta. Hay otra materna: dación/recepción: te das y eres recibido y tú recibes al que se da: es la concepción vital, la originaria. A la primera podemos llamarla autoritaria y a la segunda democrática. La primera es orden y la segunda crecimiento. La primera es sufrimiento y la segunda gozo.

El creyente dice: verdad

Me puse a escribir sobre la nación en la lengua de mi tierra y veía que eras tú misma, diosa: más profunda en la unión mística, más pletórica en la actuaría. Yo proponía rezarte también allí para potenciarnos. Era desde luego una doctrina valiente. Pero no me escucharon y, al menos de momento, lo he dejado.

"¡Cuan preciosa es, oh Dios, tu piedad!
los hijos de los hombres a la sombra de tus alas se
acogen.
Sácianse de la abundancia de tu casa
y los abreas en el torrente de tus delicias.
Porque en ti está la fuente de la vida,
en tu luz vemos la luz "(Sal 36 8-10).

Se trata de una metáfora porque este dios es el aquende de la madre antigua -y aquí se trasluce-, cuando el orante era un recién nacido y la madre para él, más preciosa que su dios actual. Pero la madre divinizada no es Dios, pues entonces no se trataría más que de otro monoteísmo; alude al entrañamiento primordial en el cual la deidad sólo es una mitad y la otra es mi dación; desde la inmanencia, si yo no me doy no hay religión, porque la hacemos los dos. El

salmo quiere decir que el enterañamiento es la luz del mundo.

“El dios que hay en nosotros está siempre solitario y pobre. ¿Dónde hallará a los suyos?” (Hölderlin pre *Hiperión* 40)

El poeta imagina proveniente del desentrañamiento, no al agente sino al dios, que nosotros concebimos como recepción, como diosa. ‘Los suyos’ serían los que fuesen capaces de vivirlo desde la inmanencia en la religión filosófica a la que también aspiraba el poeta. ‘¿Dónde hallará el dios esa recepción materna?’ Con esta pregunta hacemos agente al que en la oración era siempre paciente. Desde la trascendencia ya se sabe, es lo que hay; pero hacerlo agente e inmanente es una valentía, que nos lleva a la entrestancia y la trasestancia poéticas.

Si me llega la desgracia no podría pararla con la oración, pero con su ayuda puedo conseguir soportarla.

En la inmanencia no le rezo a un ser extraño sino a mi propia vida, a la parte más sana, a la originaria. Pero ella no se entera del rezo, en cambio el dios sí. Los que le rezan a un dios lo hacen porque la vida se les deteriora, ¿como voy yo a rezarle a ese ser frágil, que necesita rezar él mismo a un ser más poderoso?

Para Schopenhauer la vida era la enemiga y él se protegía de ella con la representación, que hacía el papel del dios; su actitud parece más coherente que la mía pidiendo ayuda a quien no puede proporcionarla. Sin embargo la experiencia está a mi favor. Cuando me encontré en dificultades y le pedí ayuda la obtuve, no sólo en el arte y en el propio espíritu, que son dimensiones inmanentes sino también en la praxis trascendente, no porque me resolviese el problema pero sí porque la oración me potenciaba.

Reconozco que no habría que rezar sino incorporar directamente la actividad a uno mismo, pero son muy pocos, como el maestro Lao, los que pueden.

Así como Kant redujo la filosofía a sus límites, dentro de los que sus afirmaciones pueden ser verdad, nosotros estamos haciendo lo mismo en la religión. Aquella ‘revolución copernicana’ es ahora ésta.

La mentira es subyugante. Te ofrecen el oro y el moro con tal de que creas en sus dogmas, con los que te van a atar. La verdad sin dogmas es más costosa, pero es liberadora. ¿Es que no vamos a ser adultos nunca? ¡Ya está bien de comulgar con ruedas de molino!

Hasta ahora sólo había el ateísmo, no cabía otra opción; pero renunciábamos al espíritu, que es una dimensión vital que nadie nos ha regalado, que es nuestra. Ahora podemos tener religión y verdad.

'A ti *confiadamente* nos entregamos' escribí cuando inventaba la oración en tiempos de bonanza. Sabía lo difícil que me sería rezarla en algún momento de la época final, a ello se debe la largura de la palabra. ¿Cómo va a confiar uno cuando está muerto de miedo? Y la pobre gente, los extranjeros que duermen en los parques, ¿cómo van a decir 'confiadamente'? Azucena el año pasado, cuando se estaba muriendo de cáncer ¿confiadamente? Sería una burla. Y sin embargo no hay alternativa, por muy pequeña que sea la esperanza, aunque sea sólo esperando el milagro.

"Aunque haya de pasar por un valle tenebroso, /no temo mal alguno, /porque tú estás conmigo" (Sal 23). 'Si logro crearte en mí'; pero ellos renunciando a la verdad, sometidos al dogma.

El dios que nos llega de Israel es una amalgama de tres universos:

- el natural amenazante de la tormenta y el rayo;
- el nacional, fascistoide, basado en una inventada alianza;
- el personal, enajenador.

Y los tres se entremezclan en los *Salmos* y en las proclamas proféticas. Actualmente hay un rebrote del segundo: el imperio americano, el sionismo, el terrorismo islámico.

-¿Cómo vamos a tener esperanza, si se nos hunde todo alrededor? -Pidiéndoselo a la vida que hay en nosotros. Así nos **integramos** y nos abrimos y nos potenciamos.

Hay una integración materna: te das y eres recibido, y también tú te haces recepción de lo otro, que hace una

religión vital, gozadora, libertaria. Abandonemos así la pasividad e inventemos una religión nuestra.

La alienación y el apego se me juntaron, y necesitaba triunfar entre los míos, pero fueron ellos los que me enseñaron que la humanidad es más profunda que la nación y que el triunfo auténtico es uno mismo.

“¿Está Yahvé en medio de nosotros o no?” (Éx 17 7)
Estaba y no estaba, pues aunque la verdad religiosa es subjetiva, ellos se hallaban en la falsedad; quien realmente estaba entre ellos era la integración o vida misma, disfrazada, que se puede propiciar y aumentar en la verdad sin dogmas ni opresión.

Estábamos hartos de la sumisión a un Ser al que se nos obligaba a amar y al que temíamos, porque nos podía fulminar de una mirada, por eso la mayoría escapó haciéndose más o menos ateo. Pero hay otra religión posible: la vital, la nuestra, la inmanente, la filosófica, la verdadera. Sólo tienes que aceptar la caducidad, y como compensación, la potencia y la dulzura de nuestra Madre.

Hay una filosofía que es la que siempre ha imperado, que la vida es mala y se necesita un dios que la haga entrar en vereda. Hay otra que sólo hombres excepcionales han defendido (Heráclito, Lao Tse) que dice que la vida es integración recíproca y progresiva humanización. Este pensamiento es el que se estaba realizando en la Europa del siglo XX con el Estado del bienestar; la vida era realmente la diosa, sólo faltaba adorarla, en lugar del dios antiguo, culminación de la otra filosofía.

¿Qué tiene que ver el universo ni ningún dios con mi entrañamiento espiritual que repite el materno? El espíritu consiste en lograr una unión que mejore la erótica, que me consuele de mis soledades sempiternas, que sea recibido como en el eros, pero más entrañablemente. Ni Dios ni el Universo tienen nada que ver con esto pues la integración es que logra es inferior a la humana. El universo infinito con odas su estrellas millonarias no es capaz de vivenciar la integración que logro con mi amada ni con mi diosa. Los últimos años de Freud fueron los del auge del nazismo y el comienzo de la Guerra Europea, y el maestro radicalizó su pensamiento, en el fondo de derechas: que el inconsciente

es un nido de víboras que la civilización apenas controla; son también las ideas de Schopenhuaer y de todo el monoteísmo. Es verdad que a veces nuestra Madre se vuelve loca, pues ella también es Hitler y sus secuaces y todo despotismo, también el que ahora está masacrando Siria, y los Estados más poderosos, viendo la corrida. Porque la vida no es un dios todopoderoso, es las naciones mismas. Y Siria saldrá adelante, porque la vida es progresiva integración recíproca.

Pero ¿qué relación puede haber entre Siria en llamas y mi oración a la diosa? Las dos somos nosotros

Yahvé le dice a Caín : "Estará el pecado (de género gramatical femenino en hebreo) a la puerta como fiera acurrucada, acechándote *ansiosamente*, a la que tú debes dominar" (Gén 4 7). Es la teoría del inconsciente freudiano; le faltaba achacárselo a la mujer: "Buscarás *con ardor* a tu marido, que te dominará" (3 10).

No quiero más de lo que tengo: Carmen viviendo conmigo más o menos cercanamente, dos grandes ficheros, algunos libros y este ordenador. No necesito más, pero sin esto yo no sería más que una sombra. También un poco de arcilla para modelar mis ilusiones. Me queda poco tiempo, no quiero perderlo en la alienación; ya no aspiro a ser importante, prefiero no ser nada porque así tengo acceso a mi diosa en la sencillez. En esta soledad he ido construyendo mi pensamiento, que estoy seguro que me sobrevivirá.

Vivo con dos mujeres -mi hija viene también a veces con su marido-: una patente y otra latente. Más honda es la diosa, es la búsqueda, es el venero, es el origen, y en el rezo, la paz; en Carmen tengo el cariño y el conflicto -¡Cuántos poemas eróticos veraniegos le he dedicado!, y ahora voy a hacer una exposición de escultura titulada *Mediterráneas*, a ella dedicada- y sigue siendo mi pasión.

Muchas veces ha sido la vida quien me ha conducido, en contra de mi voluntad:

-estaba ligado a Osane, una chica que vivía de un club de alterne, y estaba decidido a unirme a ella, hasta que un día prefirió acostarse con un soldado americano;

-iba constantemente a la sepultura de mi madre, que está aquí cerca, hasta que un día el sepulturero le arrancó las

plantas que yo le había puesto y dejó la piedra seca, de alma eterna;

-estaba condenado a una máquina de escribir que me hacía laborioso el trabajo, hasta que se me rompió;

-y sobre todo, esto último que me ha pasado con Galicia, que me ha mostrado a las claras la miseria de mi apego.

Tenía que haber hecho hace años el tomo II de la Poética; al fin estoy ahora en ello, pero es un trabajo lento que me deja tiempo para pensar en otras cosas y de ello surgieron estas reflexiones, que yo no proyectaba. Porque también me ha sucedido que lo más interesante surgió siempre en mí cuando algo me impidió seguir la rutina. ¿De ello deducimos que la vida es un dios que me guía? Así es como piensan ellos. Me horrorizaría, prefiero el azar como único dios.

Presenté la tesis doctoral en aforismos. Era una barbaridad, y tengo que estarle agradecido al profesor Sádaba, aunque se haya negado luego a leer los dos tomos del resultado final. Entonces no era el momento de los aforismos, y aquello no eran más que palos de ciego. En cambio 'es lo que cumple ahora', como decimos en mi tierra.

"A quien le rezo cuando te rezo a ti, Diosa, si no existes fuera de mí? ¿Tal vez a mi raíz vegetativa? Mi amiga Lucía, que hacía el pino a los ochenta y que ahora está ya loca en una residencia, le echaba piropos a su hígado, y decía que conseguía con él algo de comunicación, pero mi rezo no va a esta parte elemental;

-las ramas de los árboles son brazos levantados al sol y la lluvia, que yo poeto en el verano identificándome, pero mi rezo, cuando te llamo, vida, no va tampoco a ese cielo;

-¿a quién le rezo, cuando mi desesperación te llama, Madre, y tú vienes a estar conmigo, y hallo a tu lado la paz?"

¿A quien le rezo cuando le rezo a mi diosa? No lo hago a mi parte vegetativa y tampoco a mi nación, aunque podría, y algo me acercaría a ellas. Ahora sólo quiero hablar de una parte de mi mismo olvidada en la plenitud, cuando estaba seis u ocho horas seguidas trabajando. Ahora en la vejez, que me vino de pronto, tengo que dosificar mi esfuerzo. Yo conocí a Zubiri al final, y sus seguidores le pedían que acabase de una vez lo que estaba escribiendo sobre la inteligencia, pero él se defendía diciendo que tenía que ir poco a poco. Yo ahora estoy igual: trechos cortos y cuando

el organismo me lo pide, descansar, de lo contrario se niega a seguirme. Si hago como el *sistema nervioso* me pide podré tal vez estar en activo aún bastante tiempo. Lo que quiere sobre todo es que haga las mismas cosas en los mismos tiempos. Hacía mucho que no podía trabajar por la tarde, después de una jornada intensa por la mañana; ahora sí puedo, una hora o dos, pero luego tengo que dejarlo y ponerme a modelar. Y así voy viendo lo que me pide y haciéndolo, y él está contento y también yo. Pues aquí tenemos otra bilateralidad, y yo puedo pedirle a él que no me abandone si me comprometo a seguir sus indicaciones, igual que los creyentes a su dios. Es la vida, no exactamente en el nivel vegetativo, que sería la digestión o los latidos del corazón. Este nivel desconocido para mí antes, que me muestra en la vejez mi fragilidad, es intermedio entre lo vegetativo y lo vital, y es también la vida, mi diosa. No es la del espíritu ni tampoco la del arte, a quienes siempre pido y muchas veces me conceden sus favores; tampoco es la de la praxis ni la del eros, en las que ya no soy tan autónomo. Siempre que puedo establecer una dualidad, inmanente al menos en una gran parte, hay la posibilidad de pedir ayuda; por lo tanto también es mi diosa esta fragilidad.

También se le puede rezar a la nación. Cuando conmemoramos el levantamiento en Madrid del 2 de Mayo, o si lo hiciéramos en Galicia en el inicio de la Revolución irmandiña, estaríamos celebrando un acto religioso. Pero podríamos ir más allá, y rezarle a la vida encarnada en nuestra nación y eso nos potenciaría como ciudadanos. De esto me di cuenta cuando escribía el drama del levantamiento gallego, que mis personajes sentían su nación como algo al mismo tiempo superior que los englobaba. La nación es una vivencia real en las culturas arcaicas; nosotros casi la hemos perdido, en gran parte usurpada por el monoteísmo. Y después está *dao*, que es la vida en plenitud sin nada intermediario, que yo pretendo clarificar en el libro de filosofía, en su último capítulo, ayudado por el maestro Lao. Aquí rezar sería blasfemia, el rezo es el mismo vivir en toda su intimidad, pero eso está muchas veces fuera de nuestro alcance; por eso no podemos despreciar esta humilde dualidad acrecentadora.

También *dao* es bilateralidad; su canon es el éxtasis erótico y el místico. Y además esta *fysis*, que recibimos

del otro maestro, Heráclito, aquí es donde la vida se hace más grande, en la identificación con la naturaleza. Por lo tanto, no necesitamos de ningún dogma sacerdotal que nos convierta en sicarios; en la filosofía, en la verdad, desde mi fragilidad al cosmos, todo es en alguna parte inmanencia y vida.

Cuando camino, siempre mi fondo es la oración, el pensamiento sólo en la superficie.

La adoración a la vida tiene dos modos, los dos inmanentes, uno externo: la vida somos todos y yo la adoro fuera de mí para acrecentarla; otro interior: oro a la propia recepción para acrecentándola acrecer la dación y alcanzar una mayor integración. Y si los juntamos tenemos la religión vital en toda su grandeza.

Yo le escribí con respecto al aforismo anterior a mi amiga Consue lo siguiente:

"Hay más adelante este otro aforismo, que se parece un poco a lo vuestro de juntaros para mandar energía mental en ayuda de alguien, pero que me parece más filosófico que lo vuestro, que lo creo tan sólo mágico. Consiste en juntarse para rezar a favor de la paz en varios sitios, sin mandar nada, sólo una oración por la paz. ¿A quién? A nosotros mismos que somos la vida, que no es ningún dios o Dios somos nosotros mismos. De esa manera creceremos en solidaridad. Piénsalo, yo me juntaría con vosotros si lo concibiéseis así".

Y le escribí también a Pepa Nieto:

"Que lo pases bien por mi ciudad, más odiada que amada. Dale recuerdos a la de la Herradura, que me conoce bien. Yo tengo que volver un invierno, para ver de encontrarme".

En lo anterior, respeto de la ciudad, yo soy el dativo y ella la receptiva, incluso cuando digo 'mi', pues camino por ella y la siento indiferente, sólo cuando me llegan los recuerdos, entonces sí es 'mi' intensamente. Ella no son para mí sólo las calles: el Preguntoiro que desemboca en la plaza de Cervantes.... Me traslado a otros tiempos, y entonces es cuando ella recupera la dación fieramente. Esas calles que puedo pasear no son más que la carcasa. Respecto a la inmóvil estatua de Rosalía, yo le propongo a ella la dación y digo que me conoce bien, pero la pobre no

conoce porque es de materia inanimada. Sin embargo, soy yo quien la ha vivido a ella intensamente. Pero no a ella sino a la persona que me imagino que hay dentro. Yo convierto una estatua en una persona, pues sólo en este caso podría decir que me conoce bien, porque me vio rondar por allí muchas veces y quedarme contemplándola. Rosalía escribió algo semejante respecto de la catedral:

“¿Como me miran esos calabres
i aqueles deños!
¿Como me miran facendo moecas (...)
¿saberán eles que son a mesma (...)”

Ella le da también aquí la dación a lo inmóvil y se queda en la recepción. Así sucede también cuando le reza:

“Ós pes da Virxe da Soledade
¿de moitos anos nos conocemos!

Esto es lo que yo imito en la carta. En la otra cita se trata de desarraigo y en ésta de anhelo; allí la estatua se da y aquí recibe, por lo tanto allí la poeta es recepción y aquí dación. Pero es ella la que hace en los dos casos los dos lados, y se depaupera o crece, se enajena o se entraña con algo aparentemente inmóvil. Así es la religión toda, tanto la inmanente como la trascendente. Los dos lados los hace el orante, sólo que en nuestro caso nos damos cuenta y en el dellos, abroquelados en la creencia, no. Sucede lo mismo que en el trasfondo de una obra de arte, que el poeta puede no darse cuenta de que lo está conduciendo el desentrañamiento, pero lo está. Por ejemplo, Hamlet se halla detenido en su voluntad vengadora del padre por el apego de la madre. El agonista no sabe por qué no realiza de una vez la venganza, y seguramente el poeta tampoco. Ellos le rezan a la vida en su imagen de María Auxiliadora e incluso le llaman 'Madre' como yo, pero se quedan ahí detenidos en la creencia: es la oración trascendente o ingenua. Yo lo hago sabiendo que realmente me estoy comunicando con lo más hondo y más tierno de mí mismo. Mi religión está en la verdad y la suya en el dogma, sometidos a toda la teología eclesiástica elaborada para su sometimiento, en cambio yo estoy libre.

En cuanto al invierno compostelano, en la carta lo convierto en mi propia infancia tan hostil en aquel antro como él. En realidad no se trata de la infancia, sino de la adolescencia, que fue cuando esa ciudad se me hizo insufrible; lo externo imagen también de lo interior, ligazón de forma y fondo, arte y religión, como siempre, casi lo mismo.

Cuando le llevé al profesor Sádaba los aforismos en que consistía mi tesis, para que la apadrinase, se sorprendió de que yo juntase las influencias de Nietzsche y Husserl en su elaboración; ahora puede verse mejor el fruto de esa confluencia.

Tengo a mi nieto conmigo, todavía bebé. Pasa de unos brazos a otros, tan sólo sabe de abrazos y besos, como en una bacanal de las que imaginaba y escribí por lo alto de la sierra de Gredos. Pues aun no sabe caminar por el mundo; entonces comenzará el estadio de la praxis, pero ahora el mundo no existe, su existencia es sólo vivencial. Y sabe recrearse en ella, pues a veces lo tienes en brazos y se desmereza mirando al techo o a la calle, sin representaciones, podría darle clase a Husserl de fenomenología, pues su existencia es ciertamente fenomenal, todo placeres o bien enfados, cuando no obtiene en seguida lo que quiere. Está jugando conmigo, riéndose y de pronto se da cuenta de que no lo está pasando bien y llora. Pero lo más interesante es lo cariñoso que es. Pega su carita a la mía, como si estuviera enamorado, ¡y no digamos con su madre! Hace gestos invitándome a que yo los imite. Es toda espontaneidad, pero una dación que se sabe recibida y que cuando no lo siente así en seguida se queja. Con su madre la comunicación es inefable en miradas y sonrisas e invitaciones a compartir, pero también con el padre y conmigo y con su abuela. He aquí el enterañamiento primordial, del que hasta hoy hablaba teóricamente y ahora puedo verlo a él mismo. Aquí es adonde yo quiero que llegue mi arte total, en bacanales y misterios. Pero lo más importante de él es el desenterañamiento, que es el que crea, anhelar o desarraigadamente. Mas ¿dónde está?. Lo que yo he dicho siempre es que se gesta en la primera infancia pero se vive posteriormente, en la adolescencia, cuando ya hay conciencia. Mi nieto a veces llora porque quiere algo que no obtiene. Lloro sí, pero en seguida se lo complace, porque son cosas muy elementales. Lo más complicado es cuando tiene sueño y su abuela le canta pero él no consigue dormirse. El desenterañamiento seguramente lo constituyen, al menos en parte, elementos vegetativos que se hacen vitales. Yo digo que el mío comenzó su desarraigo cuando mi madre se negó de pronto a darme el pecho, guiada por sus convicciones y a pesar de mi llanto desesperado -me lo contó cuando estaba completamente loca, como imágenes que

le venían, tal vez arrepentida- sin ninguna sustitución porque odiaba los chupetes. Fue mi primera prohibición. Sin embargo yo me sentía querido por ella más que mi hermana. Frustraciones de este tipo en un entorno de amor son seguramente las que fraguan el desentrañamiento que, cuando van acompañadas de las aptitudes necesarias y el entorno adecuado, son la fuente del arte y de la religión.

Vengo de mi caminata vespertina. En un montículo desde el que se ve la sepultura de mi madre, una mujer me sonreía invitadora, pero yo me fui junto a un viejo sentado en el suelo que tenía en el aire una cometa. Se estaba poniendo casi sobre su cabeza, independiente del hilo, que parecía que ya no la sujetaba. 'Tire' le dije; 'no', que sea libre'; 'se caerá'; 'estaré pendiente, volverá a mis manos'. Y yo pensaba que prefería este amor.

Ahora no se trata sólo del espíritu en un rincón de mi cuarto, ni de la creación en lo alto en Gredos, en donde al fin y al cabo mi existencia estaba asegurada; ahora es la realidad más cruda la que se me enfrenta y se va a demostrar si esta diosa mía es de verdad, o sólo un adorno. Pero no tengo que concebirla como un dios que nos puede echar una mano o permanecer indiferente, porque nuestra diosa existe sólo si nosotros la hacemos, por lo tanto no puedo quedarme pasivo, esperando. Con la oración consigo confianza, potencia y dulzura. Si soy creador y no me dejo amedrentar, creceré en mi integración con este infierno, a no ser que él me destruya.

Oigo cantar a los mirlos en esta noche primaveral ciudadana y me vienen nostalgias de la naturaleza materna, y de Galicia, mi nación. Pero la separación es creadora, y en el entrañamiento no se crece, no se busca, no se encuentra.

Yo sé que soy más abierto y atrevido en castellano que en galego: Kafka, Joyce, Rilke no hubieran sido grandes en el idioma de su nación; y a pesar de ello, voy a intentar escribir mi obra dramática más importante en el idioma materno; pero es ya lo último.

Para mantenerse en una integración vital, no se trata tanto de perdonar a los enemigos como de no tenerlos. Tener un enemigo es hallarse enajenado ante él, cogido por él, y

entonces es inenarrable la cantidad de esfuerzos y caídas que son necesarios para intentar sobrevivir. Cuando tengo un enemigo, el activo es él y yo el pasivo, porque dependo de él, y quiero liberarme y no puedo, por eso lo odio. El perdón es hipócrita, pues muchas veces es él quien tendría que perdonarme a mí. Cuando caes en las garras de alguien, muy difícilmente te vas a levantar, quedas marcado, como le sucede a un perro del parque que me ladra siempre; aunque le regale chucherías, no las quiere, sólo ladrarme, por mucho que su ama le riña. Yo lo enajené al comienzo de nuestra relación, o mejor dicho, él se dejó enajenar por mí y esa marca en su cerebro es ya imborrable. Se hubiese evitado si al comienzo yo lograra hacerme con su amistad, pero dejé que fuera impresionado probablemente por mi barba, y ya hasta que se muera me ladrará siempre que me vea. Para mí es incómodo, mas para él es una verdadera esclavitud. Igual que cuando yo me sentía cogido, por el atuendo excesivamente juvenil de Carmen o por sus tardes y noches televisivas. O cuando dejamos de fumar y ella reincidió. A mí me importaba mucho eso, hacía de ello una cuestión personal, eso es todo. En *Vida* hay un debate continuo de si es más extraña la enajenación o la alienación, y parece que es la enajenación lo más mortuoria, porque es una negación a vivir, una pasividad, y la vida es esencialmente espontaneidad y actividad. También se habla allí de 'mantenerse noético', actuar desde la corteza cerebral, que es la que discierne, más que desde el cerebro profundo, el de las pasiones incommovibles. Porque a fin de cuentas sólo me enajena aquél que considero que me puede. El miedo y la debilidad son el lastre que me mantiene en la enajenación. El complejo, la dependencia. Un negro, por ejemplo, ya nunca se desenajenará, aunque se quitase la piel negra, el alma nunca podría, ha sido dañado en su centro, que ya nunca será espontáneo y sí angustiado. Nietzsche pedía la fortaleza y Jesús el perdón, pero el filósofo exigía algo que no se alcanza tan fácilmente; harían falta nuevas generaciones de 'superhombres'. El cristianismo genuino es una religión de víctimas que intentan contabilizar espiritualmente su mal, y las Bienaventuranzas no son otra cosa, si las liberamos del dogma trascendente, que les es ajeno, como se demuestra en el libro de la *Vida*.

Apenas he tenido relación con mi padre, de niño me sentía más bien despreciado por él, pues me consideraba un poco tonto. En la adolescencia sacaba las mejores notas y

entonces se me consideró mejor; pero yo me sentía más unido a mi madre y a su familia, excepto con mi tío Constante, que me admiraba, y me sentaba en el lugar de honor a la mesa, cuando iba a comer a su casa. Fue la única luz de mi infancia, era extravertido y afectuoso, al contrario de mi padre que era, como yo, un escapado, pero yo tuve siempre la religión y la literatura como refugio; a él en cambio nunca le vi leer un libro. El complejo de castración nos era común, probablemente. Era insolidario, fue mi madre siempre quien nos sacó adelante con su trabajo, pues a él lo echaron de Correos por robar y ya nunca más encontró un empleo, vivía de un prestamista, que se quedó después con toda la herencia. Fue un exiliado en su ciudad; yo en la adolescencia me hundí, dejé los estudios y entré voluntario en el Ejército. Después bagabundeé, hasta hallar a Carmen y sólo tras de un trabajo incesante, fui encontrando mi lugar, alrededor de los cuarenta. Ahora, como él, sigo siendo inadaptado, pero tengo inventado un mundo posible, más habitable que el que hay; espero que sirva también a otros.

Yo no le pido a mi diosa que se haga su voluntad, como piden los monoteístas, en primer lugar porque ella no tiene voluntad. Pido que me ayude hasta en lo imposible, como hace un niño pequeño a su mamá. Ellos se someten a la voluntad de su Padre; nosotros, puesto que nuestra vida parte del manantial, nuestra diosa está en el inicio, es mi propia petición y pidiéndole me potencio; no es un dios enfrente juzgando y ocupado sólo con los resultados.

En la religión del número 2 el problema de la fe, que tanto inquieta a los monoteístas, se salda limpiamente.

Tener de dios a un hombre es como tener un jefe que te fiscaliza en todo, hasta en el más leve pensamiento. Es perder por completo la libertad, ¿y a cambio de qué? ¡De una amenaza eterna! Yo prefiero la caducidad, como los árboles y los animales, y la paz de la nada. Esa inocencia, esa sencillez, esa humildad, y toda la vida se renueva en el planeta y yo soy tan sólo un momento tuyo, sustituido en seguida por otro y otro. Y nosotros, tus hijos, y tú, vida, la única realidad, que nosotros acrecentamos pues eres las naciones, la historia, la humanidad cada vez más humana. Y nosotros perecemos, pero te creamos, cada vez más hermosa, nuestra madre y nuestra hija, nuestra única esperanza.

La deidad no está fuera, pero tampoco dentro, en donde sólo hay vísceras; es mi recepción, quiero decir que es lo que propicia mi búsqueda, es mi actividad receptiva, y la actividad no está dentro; si me recibe es que no está dentro, si es mi dación la recibida, pues darme es salir de mí. La vida no es un lugar dentro o fuera, es la actividad de darse y de recibir" (461)

¡Cuando aquel símbolo del terror esté olvidado y te levantemos estatuas y reconvirtamos a ti las catedrales, y la muerte sea el descanso! ¡Morimos para que tú crezcas, madre!

Puedo dar gracias a la vida, porque mi madre está llevando una vejez tranquila, con su compañero. La vida no está en el cielo; está en la tierra, repartida entre todos. A esa vida terrena y repartida que, cuando nos juntamos se hace un todo (aunque vivida desde cada uno) a esa vida doy yo gracias.

'vida' con minúscula, que las mayúsculas las agotó todas Él, el dios de los Patriarcas, de los Presidentes, de los Reyes, de los Papas, y de los Estados, de los Consejos de Administración de las Multinacionales, de las Bombas Atómicas, de los Cataclismos, que nosotros no contamos. Todas las mayúsculas para Él y todos los holocaustos; nosotros, sólo en la vida.

¿De la digestión a la historia, todo vida? La digestión pertenece a la cala vegetativa; nosotros hablamos de la vida humanada. De la historia, del arte, de la ética, del eros todo eso es nuestra vida. Un cáncer y mi poesía: tienen algo que ver, pero yo apenas puedo estar en lo primero, es mi organismo el agente; yo estoy del todo en lo segundo, aunque ya sabemos que se influyen. Me comunico con todo lo que en la cala vital pertenece al yo o al nosotros, y así no me salgo de la vida; el monoteísmo en cambio se arrodilla ante un dios trascendente, que nada tiene que ver con ella.

La vida me dice: pídemme acciones; no me pidas resultados, porque no dependen sólo de mí, sino también de mi Padre.

A la vida hay que pedirle sobre todo ayuda. No podemos nada sin ella.

¿Cómo va a librarme ningún dios de mi muerte, que soy yo mismo? Si quiero liberarme de mi enajenación lo mejor es pedírselo a mi recepción, es decir a mi capacidad de recibir sin extrañamiento y lo mismo si quiero liberarme de mi dación alienada, que mi recepción se lo pida a mi dación vital. La mayoría de los problemas que tengo con los demás están en mí mismo. No puede pedirle a mi recepción milagros o ilusiones monoteístas; si pretendo que me amen, le pido que aumente mi dación, que me libere de extrañamientos, y eso es lo mejor para conseguir mi objetivo.

Lo que tengo que pedir ningún dios me lo puede proporcionar: es mi propia paz, que nace en el fondo de mí mismo, en donde ningún dios habita ni cabe.

Cuando tengo un conflicto con alguien el único camino es la oración, porque con ella me libero de la enajenación. Nuestra oración no es como la monoteísta en la que pido a una instancia extraña. La oración es inmanente, vale por sí misma, me vitaliza y me libera de la muerte. Si oro cuando odio a alguien y pido a la vida que me libere del odio, me acerco a mi manantial y al suyo, que es el mismo, y dejo de odiar.

Si estoy alienado o enajenado y le pido al dios trascendente o a un santo suyo, mi extrañamiento puede disminuir si confío en su ayuda, se trata de una sugestión, pues este ser está fuera de mí, sólo puede ayudarme desde él y yo tengo que confiar que lo hace pero no engendra nada dentro de mí que realmente lo esté haciendo. Es una oración pasiva, y yo me tengo que considerar malo y pecador para hacerlo a él la suprema bondad y que por lo tanto me tiene que ayudar, pero yo no crezco, al contrario, me convierto en un ser deleznable que sin su protección el pecado sería mi único ser. Por el contrario, si potencio mi dación y mi recepción en la oración inmanente, crece la integración y la vida en mí. La recepción es heredera de la materna. Mi madre de niño me quería más que nadie y yo la quería a ella aún más, porque sin ella no tenía más que muerte. Esta recepción está en mí y a ella suplico, igual que cuando niño, con la misma necesidad y obtengo el mismo acogimiento, y aumentando los dos lados aumento la vida no sólo para el

caso en que estoy sino para todo lo demás: crezco vitalmente, en las dimensiones unales sobre todo y en la inmanencia de las duales. Por lo tanto así como en la trascendencia cada vez era más miserable, más dependiente, con novenas y velas y superstición, siempre separado, siendo mitad de un dios extraño, en la oración inmanente la recepción la hago yo; en la trascendente no depende de mí, puedo perder la fe, desconfías de la ayuda; en la inmanente sé que seré recibido porque la recepción está en mí mismo, es aquella recepción materna infantil incorporada ahora en mí. Si le tengo rencor a alguien yo le pido a mi diosa, que es mi propia recepción, que me ayude a salir de este extrañamiento con respecto a esa persona, y no lo consigo fácilmente, pero sigo y sigo creando a mi diosa, que es mi propia recepción, que no hay ese problema de fe, que no se trata de una inducción que me haga dependiente. Tampoco puedo decidir arbitrariamente que ya no le tengo rencor a esa persona porque el sentimiento está en mí y lo veo. Es un trabajo, conseguir que este sentimiento mío disminuya o haciéndome niño, pidiendo a mi Madre que me haga sencillo, que lo vea directamente sin ese retorcimiento del odio. Todo eso lo voy consiguiendo y lo que alcance para este caso particular me vale para todos.

Entre el *apego* y el *anhelo* ha transcurrido mi existencia; y además el extrañamiento feroz del desarraigo. El apego me hizo fiel a Carmen: desde que nos juntamos no me acosté con nadie más, pero también me limitó. En cuanto al *desarraigo*, recuerdo un día en Móstoles, donde le habíamos alquilado un piso a mi madre loca: estaba sola, pues todavía no había aparecido Victorio, que fue su ángel: 'vete, no quiero verte más'. No era por mí sino por ella, mi presencia le recordaba un pasado que quería olvidar. Y cuando vivía con él yo iba sistemáticamente a verla un día a la semana y sistemáticamente ella se negaba a abrirme la puerta, entonces fue cuando busqué a nuestra diosa.

Es cierto que conseguí presentar *Rosalía erótica y existencial* en la Casa de Galicia, pero tuve que traducirlo al castellano y publicarlo aquí, porque en gallego en Galicia fue imposible. De mi tierra no he recibido más que desplantes, en este intento último de acercamiento. Las editoriales, mudas para todas mis obras en nuestro idioma; un crítico hostil porque mi concepción de Rosalía no era la suya, me hace la guerra. Esa pareja de Lugo, poeta y

profesora de literatura ella y crítico él, que les mando el libro y no se dignan ni contestar, a la que escribí alabando un obra suya e informándole de que habíamos hecho de ella, Carmen y yo, una lectura pública en el pueblo serrano donde veraneamos. Conocí a un profesor nuevo de galego en la Complutense, que me ofreció hablar de mi libro en su clase y publicar una reseña de la obra en una revista que relaciona Galicia con Madrid, pero cuando se lo dijo a su jefa, cayó de nuevo sobre mí el silencio; en vano intenté publicar algo allí; la única excepción: unos artículos en el *Correo gallego* compostelano sobre mi versión de Rosalía. Pero ese rechazo para mí es bendición, porque me desapega.

Hacer el amor, siempre es un renacimiento, recuperar la infancia, la potencia de la juventud, la gloria de la paridad. Dejar el yo; como los cataclismos, pero unido al otro ser que forma parte de ti y tú de él. En crecimiento, lenta la dulzura hasta el alarido, único de los dos. La unión mística es más escondida y profunda, la erótica, más ancha. ¿Quién las hizo enemigas, si son lo mismo?

Yo sé que este momento es único, porque ya no tengo aquel ardor que me ha mantenido activo tantos años, pero sigo, más lentamente, laborando. Antes no conocía la dulzura del descanso; a veces me agotaba y tenía que dejarlo, pero pronto volvía. Y en el verano la montaña, sobre ello hice un libro de poemas titulado 'Sísifo'. Ahora tengo que descansar cada poco, ponerme a modelar. Es una fragilidad que me recuerda la de la infancia. Y también inseguridad, se me olvidan las cosas, apenas tengo voz. Ahora ya no camino mundo adelante a la ventura; he hecho muchas locuras: dejar los estudios en la adolescencia y ponerme a vagabundear, hacerme novio de una puta, pero la más loca de todas ha sido convertir a la vida en mi diosa, cuando todas las religiones pretenden precisamente defendernos de ella, de su caducidad y de su azar. Tanto nos defienden de ella que nos la quitan.

Cuando la vida es desarraigo:

“¿Quién es esta terrible mujer, oscura como el cielo de media noche?

¿Quién es esta mujer bailando en el campo de batalla'. Sri Ramakrishna, al son del canto, comenzó a bailar” (II, 305),

Tampoco yo rehusaré el baile.

Estaba diciendo que este momento de mi existencia sé que es único, casi podría decir que es el más sabio, porque ahora conozco más que nunca mis limitaciones. Pretendía hacer una obra grande y tan solo he alcanzado retazos. El libro de la *Vida* iba a tener cinco tomos: la introducción (así titulé la tesis) y cuatro más: eros, arte, praxis y espíritu; tuve que contentarme con uno, el resto no salió de los ficheros. De la poética, que comencé a preparar al mismo tiempo, sólo está hecho el tomo I, en el II me hallo ahora, más lentamente de lo que creía; iba a tener cuatro pero me conformo con tres, y el que más me importa es el tercero, que trata del teatro, pues aquí es donde está mi fracaso mayor y el germen de toda mi filosofía. Tengo muchos dramas escritos, pero solo conseguí estrenar una minucia. El teatro ha sido siempre mi aspiración, pero no tengo una obra verdaderamente importante, y temo morir sin lograrla.

Estaba empeñado en escribir con la máquina, hasta que se me estropeó; entonces he tenido que acostumbrarme al ordenador y ahora veo sus grandes ventajas. ¿Fue la vida quien me corrigió? Y esto me ha pasado muchas otras veces, por ejemplo con la sepultura de mi madre: fue el sepulturero quien me libró del apego, y fueron esos otros también los que me libraron del de mi tierra. En estas circunstancias, ¿puede decirse que es la vida quien me conduce por la buena senda cuando yo estoy empeñado en lo contrario? En la creación está aún más claro: cuando intento conseguir algo determinado casi nunca lo logro, y cuando estoy ya sin esperanza me sale algo nuevo en lo que yo ni sospechaba; me está pasando también ahora en la escultura. Podríamos decir que no soy yo sino ella la agente, y cuando me empeño en ser yo ella me obstaculiza el camino. Pero esto sería si yo concibiese la vida como un dios manipulador; pero es la *integración* misma, y entonces hay que pensarlo de otra manera. Recuerdo que Rafael cuando las cosas le salían mal intentaba ver qué es lo que se le pedía para corregirse, y se fijaba en detalles externos que se lo denunciaban. Creía que había alguien que quería conducirlo pero que él no se dejaba, y que ese ser era el protagonista de su existencia. Pero nosotros no podemos pensar así, aquello a mí me parecía una especie de locura, pues también los locos oyen voces que les señalan el camino; el dios de la Biblia es

también algo parecido para sus fieles. Yo he perdido mucho tiempo escribiendo a máquina, hasta que mi diosa se compadeció y me la estropeó para que cogiese el ordenador, y ahora al ver sus ventajas, le doy las gracias porque, como dice Machado, su voluntad se hizo contra la mía. Así es el monoteísmo puro y duro, que me convierte en un fante, y nosotros, que buscamos la libertad y la vida, no podemos aceptarlo. Es preferible el azar, causa de mi nombre. Cuando él me corrige, yo le hago caso, y entonces modifico mi integración; él es un viejo seco y ella, una niña. Aceptar el azar acrecienta la vida.

No puede haber ciencia del arte ni de la religión y sí filosofía. La representación científica puede describir desde fuera la intuición creadora y el recogimiento místico y explicar sus causas, pero la cosa misma le es inasequible. La filosofía también es representación, pero subjetiva, y está por lo tanto mucho más cerca de ellas que la búsqueda objetiva científica.

Cuando comencé a filosofar (a los 40 años). Buscaba la palabra más importante, y me pasé dos años solo con el diccionario. Tenía dos, el de la Academia y el Casares que me permitía hacer familias de conceptos y ver así sus posibilidades de desarrollo; de tanto usarlos se me rompieron y tuve que sustituirlos por los que ahora tengo. Al fin decidí que en el principio de mi teoría tenían que estar estas dos palabras: 'movimiento' y 'vida'. El movimiento es más general y comprende la vida, pero la vida es sobre todo subjetiva, y había hecho la tesina sobre Husserl, y mi filosofía tenía que partir del yo de la filosofía moderna, sin aceptar ninguna otra instancia desde fuera. Así fue como comenzó este idilio.

Partía del yo, que es la cárcel de la filosofía moderna, y por lo tanto tenía que intentar salir de él; el yo como agente, la actividad como principio, que se convierte en movimiento o proceso. Para lograrlo, la palabra clave es 'integración'. La vida es la integración de un lado dativo -mío o unal y de los demás o dual- con otro -igual- receptivo. La vida no soy sólo yo sin ti, la hacemos entre los dos. Y el tú puede ser una persona, pero también una nación o un poema. A la dación le llamé 'masculinidad' y la recepción 'feminidad', ambas en nosotros y en ellas. Alcanzar la integración vital me llevó años, pues anduve perdido varios con un parado y excluyente *fisis* y *logos*, que después vi que es

precisamente la integración mortuoria y autoritaria que padecemos: alma y cuerpo, el dios y la criatura, bien y mal; tenía que tomar partido por uno de los dos, y me ponía del lado de *fysis*, pero quedaba en la mitad, en lucha, en extrañamiento. Yo necesitaba una integración que me hiciese crecer con mi contrincante, como en Gandhi. Elegí como integración canónica la unión mística y el coito par. Me he valido de Heráclito para desarrollar el concepto de '*paridad*', culminación del sistema.

Me acaba de llamar Julia -que es de Padrón y se va unos días- para decirme que quiere pagarme antes las dos esculturas que me compró en la exposición. Yo le pregunto si va a plantar, como nuestro común ex-compañero Luis, que cuando viene está deseando volver a su huerto; le digo que me gustaría ser como él, y ella me contesta que mi existencia es más interesante. Sí, y sin embargo a mí me gustaría tener un huerto y cuidarlo y quererlo y plantar en él, y se lo digo con nostalgia. Preferiría aquel limitado apego a este desangelado anhelo. Pero ¿no será este sentimiento también anhelar?

Una viejecita, con su bastón y sus ayes, ¿más cerca de la muerte que de la vida? No, en la vida todo cuanto puede, hasta el último instante. La muerte está después, nada tenemos que ver con ella, a no ser como *desarraigo*:

“El viajero, rendido y cansado,
que ve del camino la línea escabrosa
que aún le resta que andar, *anhelara*
de repente quedar convertido
en pájaro o en fuente,
en árbol o en roca” (*Sar*)

La muerte es el ingreso en la naturaleza, la vuelta a la antigua madre, la paz de esta ansia.

Hacer de la muerte, que es la paz, algo terrible, ha sido la sucia tarea del monoteísmo, el arma con la que nos dominaron. Y además se arrogan la potestad de no demostrarlo, y nos condenan si no los creemos. A eso le llaman religión, y no es más que sometimiento atroz. Religión es el desprendimiento de darse a la muerte cuando te llega, como el infante a la madre, como el amante a la amada, como el orante a su diosa. Morir es descansar.

Cuando me metí en la filosofía, que es el único camino de liberación que tenemos, pues ayuda al pensamiento a buscar la verdad, yo tenía miedo porque sabía que llegaría al ateísmo y en aquella época, como la mayoría, me contentaba con dudar. Pero fue igual que cuando dejé de fumar, que me costó al principio y después te asombra lo fácil que era esta paz.

Las creencias de ultratumba son sólo para los vivos, y nos pueden sólo cuando andamos en la brega. Cuando morimos nos parecen zarandajas; yo lo vi en mi padre y en mi madre y en los amigos que me precedieron, que se despidieron dulcemente de nosotros sin ningún temor, porque sabían que sólo hay lo que ellos dejaban.

El *anhelo* es lo que hace que muchas parejas se deshagan, porque él se imagina que la felicidad, no lograda con la mujer actual, podrá conseguirla con otra; y esto no tiene fin y siempre termina en fracaso. La única manera de acabarlo es encauzar el anhelo hacia la vida del espíritu. La felicidad que no logro con mi mujer intento alcanzarla en la oración con mi diosa; que el anhelo se gaste en esta otra integración que, como él, no tiene fin.

La mujer es para el hombre una promesa quimérica de felicidad, porque el entrañamiento con ella es el re-entrañamiento imposible con la madre. Queremos lo que nunca -ni siquiera en la infancia- se vivió del todo. Por eso la mujer es para el hombre en gran parte un fracaso; la felicidad en la unión erótica sólo es puntual, siempre hay conflicto porque ni ella cumple las expectativas de él ni él las de ella. Pero el más conflictivo en la unión erótica casi siempre es el hombre, que es el que anhela más, el que se entrega más, el que se quema más.

Es loco enteramente dejar una convivencia fraguada durante años por una quimera insostenible, que naufragará. Sin embargo a muchos les pasa, que dejan el cariño de una compañera por una aventura. Luego ellas están defraudadas y tristes, y ellos bregando, haciéndose los jóvenes, intentando mantener algo que en seguida se va a romper, pues en la convivencia surgen los conflictos y crecer en ellos y lograr una cierta armonía es el trabajo que ya estaba logrado y ahora ni hay tiempo para comenzar otro, y

todo se va a ir al garete. Entonces puede suceder que él vuelva y entonces vivirá en el rencor.

Comulgando en grupo en cierta ocasión, perdido en la armonía, pedí a mi diosa que me acrecentase la vivencia, y se me cortó, porque pasé de la *paridad* a la dualidad separada. El rezo tenía que haber sido antes, pues ya dentro del entrañamiento sólo cabe el abandono. Lo mismo que cuando por la mañana poetaba montaña arriba: entonces era el momento de la entrega. La oración es sólo propiciación, preparación, aún no es la religación; cuando ésta llega, Juan de la Cruz lo repite constantemente, la devoción más ardiente no es más que estorbo.

La oración tan sólo es propiciación, tanto en el eros, como en el arte, como en la praxis y como en el espíritu. Al dios antiguo no se le podía rezar para acrecentar el eros ni el arte extraños a él, pero no a los dioses paganos; se le podía pedir sobre todo para que nos resolviese los problemas de la praxis, y cuando no era así el fiel tendría que dejarlo, pero se culpaba aún más y se hacía más siervo. Nosotros no pedimos que se nos resuelvan los problemas cuando están fuera de nuestro alcance. Nuestra oración es siempre eficaz, en mayor o menor medida, porque sólo pedimos ánimo para afrontarlos.

Lo originario no es el Uno sino el *Dos*:

"*Uno*, en estos pueblos (culturas arcaicas de la Polinesia) no tiene la cualidad de unidad, su característica es la de ser *el otro*. *Uno* es una fracción de *dos*: no tiene cualidad de unidad, pero sí de alteridad. Es más cómodo decir que *uno* es un elemento de la pareja, y que la pareja, el par, la dualidad, desempeña en todas las construcciones del espíritu del canaco el papel de unidad base" (*Do Kamo*, 141).

Me miro en el espejo en la penumbra: parezco una sombra. Así me han estado viendo años y años mis compañeros de trabajo, mis jefes, la gente que me trata; en cambio los que me conocen bien saben que no es así, que hay en mí un fuego que se expresa en la filosofía y el arte. He estado siempre protegiéndome de un mundo hostil, como un caracol, como expresan mis esculturas, siempre allá dentro.

Literariamente estoy empeñado en ser lo que no soy, poeta dramático, cuando mi inspiración es lírica, pero odio la blandura de los de mi tierra. Me encuentro a gusto en el universo materno, y de él hice mi religión y mi filosofía. Hay mucho que reivindicar aquí y yo lo he hecho, y creo que algo de lo que dije quedará. Sé que la inspiración trágica está también aquí -Edipo, Orestes- pero lo descubrí demasiado tarde; ya sólo me queda un *Canto final*.

Galicia, como Portugal y en general, el mundo celta de los finisterres oprimido por culturas más guerreras, es una cultura lírica de saudade; Castilla, que ha sido secularmente su opresora, tiene que ser nuestro completamiento; entonces moraremos en la bilateralidad. Esta es la idea de *O sentido da nación galega*, que ha quedado incompleta. Volveré, porque -como en Valle-Inclán y otros- es el sentido profundo de mi existencia aquí.

Si comparamos nuestra muiñeira con la sardana, nosotros estamos más en el fondo y ellos en la forma; igual que si comparamos nuestras comidas -como las de los asturianos o vascos- con las de los de los andaluces. Nosotros somos desproporcionados y bárbaros comparados con ellos, somos más amorfos y ellos más conformados. Si la masculinidad es el fondo y la feminidad la forma, el castellano es más masculino que el gallego y el catalán, pero ¿quién es más masculino, un catalán o un gallego? Nosotros nos expresamos mejor y ellos se comunican mejor. Nosotros llevamos allá dentro algo que emerge con fuerza -gallego con palo, malo- y ellos se configuran mejor. ¿Y con los castellanos? Ellos nos reprimieron siempre, y se sabe de nuestra blandura. Somos más suaves que los mediterráneos. Los catalanes nos pueden, llegan y montan industrias aquí. En el fondo tal vez la diferencia sea que estamos más reprimidos, porque tal vez le pase a mi pueblo lo mismo que a mí, que es el complejo de castración lo que me tiene anclado. No hay duda de que la mediterránea es una cultura femenina que se extiende hasta la India, de la diosa madre; tampoco hay duda que el gallego en Castilla se masculiniza y completa. Hay un ser amorfo nuestro, se ve en las comidas bestiales de todo el norte, pero no en Portugal, de gente refinada. A nosotros nos falta dar el paso hacia la dación, yo creo que el apego materno nos condiciona. Los emigrados llevan consigo su 'terriña'. Convertir el apego en anhelo, es el desafío, tanto mío como de mis paisanos

¿Por qué me humillo de esa manera cuando tengo que comparecer ante alguien con autoridad? Me encojo, apenas se me oye. Pero algo parecido le pasaba a Hölderlin, que se arrastraba ante el prepotente Schiller, y Kafka, con esa mirada alucinada y sus relatos obsesivos de escondimiento, semejantes a mis esculturas. Una vez, habiendo pasado de vagabundo a oficial del Ejército en Menorca, me hice una foto en uniforme de gala y se la presenté orgulloso a Juana, a la que pretendía, pero ella me despreció diciendo que tenía la mirada aterrorizada. Me viene esto a la memoria porque esta mañana tuve que presentarme al director del centro cultural en el que estoy exponiendo, que me va a proponer para otra sala más importante, y no me salía la voz. También Gandhi tuvo que luchar contra esto que Freud llama complejo de castración, y lo logró maravillosamente, su grandiosa obra nace de aquí. En cambio los mundanos se manejan bien con la autoridad y no necesitan crecer por el otro lado para soportarla. Cuando asistía a campamentos de Falange, había chicos que sabían hacerse graciosos delante del jefe, y se ganaban su voluntad; yo me crispaba y encerraba. En cambio en lo materno -arte, religión- donde ellos se hallan perdidos, yo me esponjo.

Freud habla de 'complejo de castración' y yo de 'apego', porque él ve como siempre la cosa desde el padre y yo, también como siempre, desde la madre. Mi apego está claro, tal vez provenga del destete abrupto a que me sometió mi madre y mi sometimiento al poderío masculino también. En las faldas de mamá escondido del padre. Es el complejo de Edipo, que Freud ve también desde el padre y yo desde la madre. No son lo mismo, pero lo uno lleva a lo otro. El apego es antes que la humillación ante el padre. Si no tuviese apego, saldría al mundo a luchar contra el padre. El apego es mi mal, y también el de mi raza.

Yo soy un gallego sin lar, Xosé Azar, Juan sin Tierra; quise recuperarla y me echaron. ¿Qué puedo hacer? Convertir mi extrañamiento en religión y arte.

Rosalía hablaba de un mal suyo que no tenía cura: era el *desentrañamiento*: yo apegado a mi Carmen y ella desarraigada de su Manolo. Ella soñando en amores trasgresores y yo bien afincado en mi mujer sostén también de mi trabajo. El anhelo es común, pero ella, a causa de su

infancia, fue más desgraciada. Y más poeta, como consecuencia, más viviendo en la grieta de donde todo nace.

Mi diferencia respecto a Kafka -aparte de su valía- es que yo intento partiendo del encerramiento, la apertura; mis esculturas de ahora son más amplias y sin abandonar nunca del todo el círculo materno, intento abrirme a lo nuevo para juntar recepción y dación, los dos parámetros originarios de mi concepción de la vida. Pero Hermógenes dice que ya he tocado techo, veamos a partir de ahora cómo me desenvuelvo, o si me des-envuelvo.

Que el origen de la religión sea el (des)entrañamiento primordial es obvio, pues es el origen de la cultura en general y del mundo y es lo que nos diferencia de los animales. El desentrañamiento hace posible la representación al separarnos o escindirnos del objeto; si conserváramos la totalidad infantil como los animales no tendríamos ni representación ni conciencia, ni siquiera intuición; y puesto que estamos escindidos, y ello es doloroso, para sanar de él la humanidad inventó la religión. Pero históricamente no vemos que ello se así, la religión de los pueblos primitivos está unida al totemismo y la magia. Pero el tótem une a una tribu al estado natural, es un medio de hallar a la madre y la magia es el estadio de la Humanidad que se vale de la intuición dual y no de la representación trial por conceptos. El primer conocimiento de la humanidad es mágico y el tótem consiste en hacer materna la naturaleza mediante un animal. Por lo tanto podemos decir que el origen desentrañal de la religión como del arte aunque desconocido por los místicos y los artistas es real. Shakespeare no sabía que su Hamlet responde a su anhelo, un devoto no sabe que su amor a María es una conquista de su anhelo o que el culto a Kali la diosa la de la vida y de la muerte, responde al desarraigo materno.

Nuestro mal es el extrañamiento; no somos ángeles ni animales, somos humanidad extraña, separada, consciente, atormentada, enajenada y alienada. El extrañamiento es nuestro mal. Éramos entraños con nuestra madre. Pero ya allí en aquel paraíso nacía la serpiente del extrañamiento: y ahora nuestra integración es extraña, y el extrañamiento es lo que nos hace sufrir. Tanto en el eros como en la praxis. El espíritu pretende sanarnos o salvarnos, que volvamos a entrañarnos pero lo logra sólo precariamente.

El secreto de la doctrina de san Juan de la Cruz es que el extrañamiento es necesario para el enterañamiento, tanto que puede decirse que son la misma cosa, está íntimamente relacionada con la doctrina de Jesús, sobre todo la de las Bienaventuranzas. Sin el extrañamiento no habría perfección, así como sin el desenterañamiento no habría espíritu. El espíritu por lo tanto no es asunto de perfección sino de imperfección.

Si el origen del espíritu es el desenterañamiento primordial, como nosotros afirmamos, la conclusión natural es que sea una diosa la deidad y no un dios, que nada tiene que ver con eso.

También el arte es desenterañal, ¿por qué no inventaron también un dios y un infierno? Porque el arte no necesita recepción personal, la recepción es la forma que acoge a un fondo. Tampoco en el eros se podía, que necesita coitar con una amada. En el espíritu era más fácil, allí se cumple fácilmente la recepción materna poniendo en su lugar un dios aparentemente también materno, pero que saca sus rayos y truenos cuando se enfada. Se inventó además otro mundo para los 'buenos' y para los 'malos'. El Poder necesita someter al individuo y la religión fue su instrumento máspreciado.

La religión es el medio y el espíritu el fin: re-ligar, volver a ligar lo que está desligado, y este 'volver' se entiende sólo porque hubo un tiempo en que la tal ligazón no estaba rota, estaba bien. Hay muchas religiones y muchas maneras de religar o enterañar y hay un sólo espíritu que es la vivencia de la actividad religadora. La religión se vive como espíritu.

Desenterañamiento y enterañación: entre ambos se mueve el espíritu. Un extrañamiento que necesita ser enterañado, pasar de la extrañez a la enterañación: en eso consiste la religión, y ello no se puede entender si no se relaciona con la integración del infante con la madre.

El hombre es el necesitante de la mujer: necesita ser acogido, necesita coitar, si la mujer no lo acoge es desgraciado. Como infante, como orante, como amante, el

hombre es más necesitado que la mujer. En el desentrañamiento se aumenta esta necesidad.

El espíritu consiste en hacer una ruptura en la integración vital yo ponerme del lado de la dación y poner la vida del lado de la recepción deificándola y aumentando mi dación para lograrla. Esta ruptura está ya hecha en el desentrañamiento, por lo tanto es punto de partida para el espíritu, lo mismo que para el arte; en cambio es enemigo del eros y de la praxis. Dimensiones entrañas: eros y praxis; dimensiones extrañas: arte y espíritu.

Los animales ni se emborrachan ni rezan; no lo necesitan. Nuestra miseria es nuestra mayor grandeza.

La religión es fundamentalmente anhelo, ya su nombre lo indica: volver a algo perdido, regresar a la vivencia de totalidad del infante con la madre. Pero el desarraigo que siempre va con el anhelo no puede estar ausente: y lo vemos fundamentalmente en el ascetismo, en los dioses crueles, en las Madres terribles. La religión no puede tener otro origen que el entrañamiento, pues es en la relación del infante con la madre en donde comienza todo lo esencial vital.

Dios no es el responsable del extrañamiento; es al revés: el extrañamiento creó el animismo, de ahí surgieron los dioses, haciéndose uno el principal y a veces el único. Hemos creado al dios para intensificar nuestra muerte: tú no tienes culpa, dios; nosotros, que estamos muertos.

Jesús cuando decía: 'mi Padre y yo somos uno' estaba hablando de la vida y de su anhelo primordial.

Al dios de los monoteístas no se lo puede desear, pues nada tiene en común con nosotros; lo deseamos porque ponemos en él el fin de nuestro materno anhelo; lo deseamos porque es figura de lo inalcanzable, porque proyectamos infantilmente a nuestra madre en él; por eso el dios tiene que ser una diosa.

El espíritu nos proporciona paz, porque nos sentimos unidos a una instancia más grande, como el infante con la madre. Lo arrancamos de su madre y llora, y sólo con estar con ella ya está contento. Si a la vida la hacemos madre nos

sentiremos con ella, igual que el infante con la madre, en paz.

Eso de que nacemos en pecado es un infundio del monoteísmo, porque la vida no es mala, es buena; lo dicen para colocarnos un salvador y ellos, sus sacerdotes y obispos, nuestros amos.

El gran descubrimiento de *Vida* -al menos a mí me lo parece- es el de la paridad; deslumbrado por ella no le di al desentrañamiento la importancia que tiene; desentrañamiento y paridad: esto es el espíritu.

En la oración la vida se hace pura llama, sin representación ni conciencia.

Nuestra afirmación fundamental respecto al espíritu es que tiene su origen en el desentrañamiento, lo mismo que el arte.

Habrà por lo tanto un espíritu anhelar y otro desarraigal, y uno superficial y otro entrañal.

El espíritu profundo, como el arte esencial, nace del desentrañamiento. Hay artistas como hay espirituales superficiales; pero los grandes son desentrañales.

Mi padre, me estoy dando cuenta ahora, después de hablar con mis primos este verano en Sarria, no era de nuestra casa de barrio. Paraba poco en allí, estaba mucho en la de su madre. Su apego era tal vez mayor que el mío por eso ahora le he pedido a Chicho que me mande una foto de ella joven y hermosa, ¿Por qué la necesito? Me habían dado otra en su vejez y la deseché, quiero la que amaba mi padre. ¿Hay en esto un intento de recuperarlo a él? ¿Quiero llegar así a su entraña? Siempre lo sentí ajeno. No era autoritario, como el de Kafka, era permisivo, a los quince años yo fumaba a la mesa con el; tenía valores, pero yo nunca lo sentí mío, tal vez por mi apego o tal vez por el suyo.

La vida no es, como dice Nietzsche, crecimiento constante, voluntad de poder; es darse y, recíprocamente, recibir; y esta integración crea un movimiento que se aviva, vivece y amortece: esto es lo que sucede en la vida vegetal y animal, en las personas y en las naciones, por eso le decimos 'caduca y siempre nueva'. Pero no así el capitalismo, que

necesita un acrecentamiento constante, y por ello tiene que dominar a otros Estados y hacer guerras para que su economía crezca a costa de las demás. Por eso podemos decir que es un sistema perverso, que nos lleva necesariamente al desastre ecológico y vital.

Estoy preparando una exposición de escultura en la que canto a la mujer mediterránea (Carmen es la musa). En ella intento expresar plásticamente mi idea del hombre como sufridor que encuentra en la feminidad -erótica y mística- la paz. En una introducción, extendiendo esta concepción a mi nación, digo lo ya sabido: que los oceánicos necesitamos que nos acoja la feminidad mediterránea, y en unos poemas hablo también de la infinitud masculina que descansa en la finitud de la mujer. La cuestión es si tengo derecho a achacar a la nación esto que me pasa a mí y a otros poetas. No todos los alemanes adoran Grecia ni todos los ingleses eligen para vivir Italia, ni todos los poetas, sólo aquéllos a los que el anhelo les mueve. Pero entonces ¿da igual que sean chinos o negros? Tienen que ser personas que vivan en un clima hostil, para los que el Mediterráneo sea paraíso, ésta es la causa principal de sentirnos acogidos allí, y también porque nuestra cultura tiene idealizada Grecia, en donde el eros no era pecado, sino deidad. Ambas cosas me impulsaban a mí cuando de adolescente soñaba con la feminidad mediterránea, simbolizada en esta exposición por las caderas de Carmen.

Esta exposición trata de lo mismo que la anterior: un introvertido y la mujer como salvación, pero el tamaño de las piezas es mayor y el sentimiento es de una mayor apertura. La protagonista aquí es claramente ella, no como en la anterior en que obsesivamente no se trataba de otra cosa que de una cabeza metida en las tinieblas, que sólo muy lentamente se le abrían. Allí la mujer era sólo erótica, y al escondimiento obsesivo de él respondía la obsesión complementaria de las tetas; ahora es más abstracta y puede concebirse también como mística. Pretendo reflexionar sobre mí mismo mediante estas figuras; cuando las hacía tan sólo me entregaba a lo que sentía, entonces no podía meter la representación, ahora es el momento. Vemos que no se trata de un sentimiento paterno -castración- sino materno, o apego o anhelo, y aunque haya de los dos, me inclino más por el anhelo. Yo he estado siempre muy reprimido con las mujeres, no era capaz de la dación que ellas esperan,

callado, parado. Creo que les perdí el miedo cuando tuve a niñas de alumnas, y desde entonces trato también como niñas a las mayores. Su feminidad me encantaba, me fascinaba más bien, y era incapaz de decirles que se sentaran cuando se levantaban y venían a mi mesa, la clase se me revolucionaba. Me identificaba con ellas, recuerdo alguna muy tímida, yo me ponía a su compás y conseguía que se abriese conmigo. En la pelea erótica siempre fui tímido, por eso recurría a las putas, lo mismo que Machado, que también se casó con una niña. Y el apego de este poeta está muy claro, se llevó consigo a la madre hasta la misma sepultura. Yo también en Menorca tuve una novia casi niña. El apego es como una castración, pero no por el padre, que ni en Machado ni en mí mismo fue impositivo. En un test le preguntaba a los niños que quién es más guapa, la madre o una niña, y me contestaban generalmente que la niña, porque hacían el paso de la una a la otra; solo los apegados no lo hacen, se quedan infantiles, pasivos protegidos, ajenos a la erótica dialexia. Cuál sea mi actitud respecto a la mujer es importante respecto a mi diosa. ¿Anhelo o apego?. Se puede ir pasando de lo uno a lo otro, y en el arte no se puede mentir porque te saldría un churro, y la gente alaba la hondura del mío, por lo tanto creo que ese paso es lo que estas esculturas muestran.

Llego de caminar con la tristeza de haber visto gente que vive en la calle. Aparte del problema de no tener un techo y de no tener para comer, si estos dos problemas se resuelven aunque sea malamente, lo más duro de todo es la carencia de expresión. La vida tiene cuatro niveles bilaterales, pero si nos tuviésemos que fijar en una sola cosa yo diría que lo más importante es la expresión. Yo fui también vagabundo y dormí debajo del viaducto y de los puentes del Turia y sé lo doloroso que es el hallarte en una ciudad extraña en donde no puedes expresarte de ningún modo. La comunicación es importante, y la unión etc. pero la más elemental es la expresión, en las plantas, en los animales. Y hay una expresión que es a costa de los demás, la del poder, pero hay también la del artista que es la de profundizarse creando belleza, en la que mi expresión ayuda a la de los demás. Sin expresión es como si uno estuviese atado y amordazado, y mejor es morir.

Yo es ahora cuando tendría que empezar, porque soy un artista convertido en filósofo por necesidad; tenía que

abrirme un camino, y ahora que ya lo tengo más o menos, soy ya tan viejo... Es verdad que tengo escrito un libro ingente de filosofía, pero mi obra literaria está incompleta, me falta el drama en el que me exprese totalmente. Tengo la esperanza puesta aún en este verano...

Vivir o morir es algo tan elemental como dejar o no de fumar. Azucena murió porque tenía un cáncer y siguió fumando. Estar vivo o estar muerto depende de algo tan elemental como esto, es intrascendente. Lo vital es vivir y escribir desde el *desentrañamiento*, y es lo que han hecho los poetas. Es también buscar la vida en su origen mediante la filosofía. ¿Por qué? Yo soy una alienación y una conciencia: es la costra. Auténticamente, lo que quisiera ser es la paridad inicial; pero tampoco los que se drogan tienen otro intento. Yo por el arte y la religión, haciendo creadora mi separación. Haciendo belleza de esa ansia. Bailándola.

Yo soy mi *desentrañamiento*, pero ¿qué es eso? Sin nación, era mi apego; mejor. Así, en el aire, lo expresa mi escultura: hubo un tiempo en que me modelaba hacia dentro; ahora, una calavera abierta. Eso soy; de adolescente quería ser franciscano, en aquel convento tierno, junto a la estatua en la que colaboró mi tío Ricardo, el escultor suicida; o en la carballeira de Herbón. Pero no creía en Dios o, mejor dicho, le tenía demasiado miedo, y mi profesora de literatura me lo desaconsejó. Yo con la Virgen tendría bastante; sin embargo despreciaba a mis compañeros del mes de María. ¿Cómo es eso? Es que aún no había llegado a la vida, me costó muchos años llegar a la diosa femenina. Mi vocación era entonces un anhelo sin destino. ¡Tanta búsqueda! Tal vez se haya equivocado Julita.

Los asimétricos somos desordenados, libertarios, que rompemos el sentido. Hay niños así desde el comienzo; otros, ordenados, aplicados. Yo lo fui hasta la adolescencia, después me hice imposible. Dicen que Rosalía sufrió también este cambio, y se le achaca al descubrimiento de su origen, pero hubiese venido de todas formas. Es de las personas que han existido, la que ha estado siempre más cerca de mí, y me ayudó a encontrar mi raíz.

Está claro que la religión para la mayoría es infantilismo, con papá y mamá, y yo tengo que ser bueno, de lo contrario seré castigado. El ateísmo es libertad; pero extrañamiento y soledad. Librarse de ella es empezar a ser adulto. Es fundamentalmente apego y sometimiento. Pero yo con mi diosa, ¿no cultivo también el apego?

Mi oración es muy distinta: es a la vida, que es nuestra potencia y nuestra dulzura a las que consideradas como recepción les pedimos que nos acojan; y en la segunda parte nos entregamos a la caducidad y a la renovación, a las que llamamos 'mamá'. Esta segunda parte está pensada sobre todo para cuando tenemos que asumir situaciones dolorosas.

Yo te llamo en mi oración 'caduca y siempre nueva' y te digo que me entrego a ti, y te llamo 'mamá', pero no sé a quien lo hago. Vas a destruirme y seguiré llamándote 'mamá' ¿O es que la muerte no tiene nada que ver contigo? Sí, pues eres caduca, yo no lo quisiera, pero toda vida es perecedera. ¿Y por qué tengo que rezarte si me vas a destruir? Te rezo porque te necesito, como un niño pequeño que ama a quien le castiga. Pero estoy confundido. Te rezo porque me das la vida del espíritu. Y no es verdad que me vayas a destruir. Tú eres yo mismo. No hay más vida que los vivientes, no hago más que repetirlo en el libro. Si perezcó es porque la vida es así, los cuerpos se deterioran y acaban por romperse. Pero eso no tiene ninguna importancia, eres mi diosa y me acoges en mi oración, y hallo en ti la paz, sano o enfermo. Tú no eres la causa de la enfermedad que me llevará a la muerte, al contrario, me ayudarás a soportarla. Sin ti no tengo a nadie, ¿cómo no te voy a querer?

¿La vida del conejo es la Ecología, donde él no es más que un momento de uno de sus depredadores? El conejo podría rezarle a la vida como a su entorno, que no le hace ni caso pero él se convierte en más dativo al hacer así más receptivo el entorno. Puede ser que en el momento en que le está rezando venga el zorro y se lo coma, pero lo mismo que al que le reza a Dios puede matarlo una apoplejía o un terremoto. Aun cuando el zorro me esté devorando yo puede seguir rezándole a mi diosa, pidiéndole que lo pueda soportar.

La vida de pareja tiene sus complicaciones; no existe la convivencia perfecta y es mejor que así sea porque de este

modo la libertad no sufre, cada uno tiene sus intereses. Esta mañana, después de la jornada de madrugada, yo estaba un poco cansado y le dije a mi mujer, como sugiriéndolo: 'quizá me gustase salir'; antes le había preguntado si había quedado con alguien, por lo tanto sabía a qué me refería. Ella se quedó callada, y ahora estoy de nuevo ante el ordenador, haciendo un alto y escribiendo esta reflexión. Está muy bien que cada uno tenga sus intereses y además tenemos así la oportunidad de completar las carencias con otras comunicaciones. El verano pasado me fui solo a Galicia, porque lo hacía por intereses propios a los que ella no se sumó. Me costó asumirlo, pero al fin fue una bendición: estuve en el monasterio de Samos un mes. Hay quien sueña con una compañera abnegada, pero eso a fin de cuentas no sería más que tostón; yo la prefiero independiente. Es bueno que mi intimidad con Carmen tenga deficiencias porque así la recreo con mi diosa. Y tienen que ser importantes, de raíz, porque así la vida que hago con mi diosa será honda.

Ando tambaleando como un borracho, pero algo voy aprendiendo. De los dos años empleados en el estudio de la nación sé que el Dios que tenemos y el que tienen los musulmanes y el que tienen los judíos y tuvieron los griegos y los romanos y los germanos etc. es un producto nacional o -si la nación se expande- supranacional. Se produce un trasvase Trono-Altar. Miras por la ventana y los ves uno al lado del otro, pero siempre el palacio de Oriente es más imponente que la Catedral, a pesar de sus esplendores. La religión auténtica es otra cosa, es una vivencia real que nace en el (des)entrañamiento materno, igual que el arte, y ponerle un Dios al frente es una usurpación.

Lo mejor que tenemos es la vida, lo único digno de ser divinizado. Es inmanente, puesto que no es aparte de nosotros mismos; no está en ningún cielo, no podemos ponerle altares, aunque sí antestarla con una llama. No podemos pedirle el oro y el moro, pero sí hallar junto a ella la paz.

Nuestra religión es inmanente, pero no ilusión, y la prueba son los santos de todas las religiones que a través de los dogmas alcanzaban el espíritu. Cualquier Dios les valía, no era más que un medio para su vivificación.

Si yo fuese un conejo podría pensar que la Ecología, que me tiene asignado el papel de alimento de zorros, águilas, etc. es la deidad que distribuye los papeles con el único objeto de que el Sistema, que es ella misma, se mantenga y todos a su servicio. Pero nuestra diosa no tiene nada que ver con esa hipotética entidad a la que incluso podría inventársele una mansión desde la que gobernaría la Tierra, como se hace con Dios. Nuestra diosa no es una entidad separada de nosotros, no es algo externo, es nuestra vida; nuestra actividad vital la crea, es subjetiva, es una vivencia que nos plenifica.

Ahora yo no soy nadie, salvo para mi familia y algún otro; pero sé que llegaré a ser para algunos ese amigo tranquilo al que siempre se vuelve, porque dice las cosas que nos ahondan y nos hacen sencillos. Rosalía dice en un poema: cuando yo ya esté muerta vendrás a mi sepultura despacito... Yo lo hice con ella, y otros lo harán conmigo. No importa el ahora, si siento que la vida, mi diosa, se extiende a los que vendrán.

¿En qué quedamos, la vida es sólo nuestra vivencia o está también fuera? Es nuestra actividad vital, en soledad o en compañía. Yo moriré pero lo que estoy pensando ahora quedará, será el sentimiento de alguien, gracias a mi obra. Mi verdad será su verdad, mi sentimiento su sentimiento.

He trabajado demasiado, por la noche, de madrugada... Esta mañana tengo que descansar. Le propongo a Carmen que venga conmigo a ver la exposición de Kichner, pero ella tiene también esta vez sus planes, así que iré de nuevo yo solo. Me siento víctima al principio, pero lo supero, acepto la soledad, que es lo que somos. Veré al pintor mejor, me identificaré mejor con la suya. Olvida de una vez a las mamás, de artista a artista. El arte es mejor verlo solo, nace en la soledad. Sí pero ¿y tu diosa? ¿Por qué no vas con ella? No es necesario, en contacto con el arte profundo nacerá igual que cuando creo por la montaña. Ya está bien de apego, quiero resucitar. Mi diosa es la belleza. Mi diosa es la verdad. Mi diosa es la libertad.

Santa Teresa llevaba siempre consigo, a su derecha, a su Jesús, con la intimidad que había ganado en la oración. Ella iba con su Dios igual que yo con Carmen cuando éramos

novios y estábamos enamorados. Entonces la compañía era plenitud, ahora aunque nos queremos, es otra cosa, hay opiniones diferentes, quejas de ella... Si yo consiguiera también en la oración la intimidad con mi diosa, iría en su compañía regaladamente. Si alguien piensa que eso no es más que ilusión yo le digo que lo mismo que la de la santa. Ella construyó con su esfuerzo una intimidad -materna-, y lo mismo podría conseguir yo. Tengo la ventaja de que estoy en la verdad, lo que busco es la integración, que es la vida. Vivo en la realidad, no en la ficción como ella.

Estar vivo o muerto es algo accesorio, como no fumar o seguir fumando: Azucena está muerta por lo segundo. Para Schopenhauer lo esencial era encontrarle su raíz a la vida, y era anecdótico que Napoleón invadiera su nación; él se encerró en su habitación y sólo su filosofía le importaba. Yo también le busqué a la vida la suya, que es el *desentrañamiento*, y vivir en él es lo esencial. Como hicieron los grandes poetas y filósofos. Saber de él, ansiar la totalidad perdida o jamás hallada, y dejarse de películas. Escribir buscando la totalidad. Si, pero ¿y la praxis. ¿Alguien dirá que eso es uterino... La vida es la pelea, dominar al Padre. Sí, son dos las vidas: la del artista y el místico que busca la madre y la del hombre de acción que busca la confrontación con el padre. Yo soy de los primeros, y tengo buena compañía: Hölderlin... : mi encuentro con la mar dejando a mis espaldas a mis padres copulando, a los dos años y medio, esa fue mi vivencia esencial, el mundo también a mis espaldas. Vivir en la raíz desentrañal; como un vagabundo, ésa es mi verdad.

Puede pensarse que esa Vida que digo es de cobardes, que la vida real es enfrentarse, conquistar, emprender, cambiar el mundo. Pero no hay lucha mayor que la del espíritu y el arte., y la prueba son los poetas y los místicos. Viven sin mundo y sin tele. ¿Qué mayor pelea que la de Juan de la Cruz en su espantable noche? ¿O la de Rosalía en su incontenible ansia? No hay guerra más grande, no hay valentía mayor. Luchas inerme en la desesperanza.

¿Y qué me dices de la caricatura que hizo el marido de mi poeta, falseando datos y destruyendo cartas? Vivía en carne viva haciendo belleza de su ansia, fuera de la mentira del mundo. Son luminarias, el arte y la religión brota de ellos: Hölderlin, Baudelaire. Son los inadaptados, de existencia

miserable pero de grande obra: Gandhi, Van Gogh. Nos abren caminos porque nuestra manera de vivir no les va; cambian la mentalidad y también un poco el mundo, tan inconmovible; pero ellos mueren sin saberlo.

Vida. Yo no tengo otra madre, soy tuyo, nací de ti y aunque tú no me escuches yo te hablo, porque necesito tu amor. Tenías que además de constituirnos ser aparte tú misma, como un dios, y entonces ya no habría necesidad de inventarse ésos que nos han puesto los que nos mandan: el nuestro es el Yahvé de los judíos, impuesto por los romanos a sus colonias, una vez convertidos. Otro es Alá extendido a sangre y fuego desde el Atlántico hasta el Pacífico. En la India se impuso Brahma por los indoeuropeos conquistadores; menos mal que su diosa Kali ha renacido. Tenemos que adorarte a ti, vida, nuestra diosa verdadera.

Impuesto sí, por los romanos a sus colonias, el dios oficial, primero fueron los soldados convertidos, pero luego fue puesto desde arriba y los Obispos todos se apresuraron a edificar sus palacios y el papa se adueñó del boato del Emperador, cuando el Imperio cesó, todavía vive en el simulacro. Porque Dios siempre ha sido la coartada de los dirigentes, aliados de sacerdotes predicadores del terror.

Pero como esa verdad histórica no convenía, se imaginó la extravagancia de convertir al apóstol Santiago en nuestro predicador. Se sabe que no salió de Palestina, pues la actividad religiosa de Jesús era una cosa de judíos y sólo para judíos, tan solo más tarde, en el ámbito helenístico y con la llegada de Pablo, se convirtió en una religión misteriosa más, como la de Isis, Mitra, etc. a las que finalmente suplantó. Santiago fue el primer apóstol ajusticiado por su actividad subversiva -en los Evangelios se habla de su fogosidad- tres años después de su maestro. Después los clérigos compostelanos lo convirtieron en matamoros, para conseguir la Ofrenda, que aún se celebra; todos los años se hace ese teatro. Porque la mentira ha sido siempre la mejor aliada de la religión del dominio, impúdica, contraria a la del espíritu que brota del entrañamiento del infante con la madre; menos mal que anida también a veces en la del terror.

"En las estructuras más profundas y oscuras del hombre, el amor que une a la madre con el fruto de su cuerpo forma el foco de luz en la vida, el único claro en la oscuridad moral, el único deleite en medio de la miseria más profunda... La ligazón del niño con el padre, el sacrificio del hijo por su progenitor, requiere un mayor desarrollo moral que el amor materno, esa fuerza misteriosa que penetra de igual modo en todos los seres de la creación. Sólo después de ella surgirá la ligazón con el padre, y sólo después hará ésta efectivo su poder. Aquella relación, a cuya sombra entra la humanidad en contacto con la cultura, que constituye el origen del desarrollo de toda virtud, del cultivo de lo más noble en el hombre, es la magia de la maternidad que opera como principio divino del amor, de la unidad, la paz en medio de una vida lleva de violencia. En el cuidado de los frutos de su cuerpo aprende la mujer, antes que el hombre, a desplegar su amor y cuidados más allá de los límites de su propia persona y a dirigir todo el talento creador que colme su espíritu al sustento y embellecimiento de otros seres. Estos cuidados son la base del desarrollo de la cultura, de ellos procede toda la buena obra en la vida, toda entrega, todo cuidado y todo duelo final. Esta idea ha adoptado multitud de formas en el mito y en la historia" (Bach 64)

"Si la unión de la madre con el hijo descansa en una relación material, física, que es perceptible por los sentidos, representa siempre una verdad natural, frente a esto la paternidad procreadora presenta en todos los aspectos un carácter absolutamente opuesto. Al carecer de relación ostensible con el niño, la paternidad no puede evitar evidenciarse como una mera ficción, incluso dentro de la relación matrimonial. Participa en el nacimiento únicamente a través de la mediación de la madre, y aparece siempre como una potencia secundaria, remota. Como causa eficiente, porta al mismo tiempo un carácter inmaterial, mientras que la madre protectora y nutricia aparece como materia, como lugar y materia receptora del devenir, como nodriza" (Bachofen 102)

Merejkowsky dice que 'el mundo parece porque ha olvidado a la madre. Y añade: '¿Qué diferencia hay entre el padre y la madre? Lo que no saben los sabios lo saben los niños: el padre castigará y la madre perdonará. Por algo la humanidad ha buscado, en la Virgen, madre pura de todos los doloridos,

'Reina omnipotente, protectora misericordiosa,
fuera de ti no hay refugio'
dice un canto babilónico; 'refugium peccatorum', le llama la Iglesia, entre tantos atributos de excelstitud. También en el Espíritu divino entra lo femenino. En hebreo 'ruah' es masculino unas veces y femenino otras, pero en arameo, 'ruach' es siempre femenino. Por eso, porque el espíritu es también materno y femenino, se le ha llamado 'paráclito' o 'paracleto', 'el que consuela"(Caba 431)

La religión de la vida no es nada nuevo, pero ahora resulta que está más acorde con nuestra cultura que la religión del Padre. Típicamente mediterránea constituye la base sobre la que se constituyó la cultura griega (Creta). Lo dionisiaco de que habla Nietzsche en su primer libro, sobre lo cual se implantó lo apolíneo. Después revivió en los misterios helenísticos. Antes, las venus prehistóricas nos hablan de esta religión. El monoteísmo patriarcal se impuso finalmente; pero la vida es dual y el dios, monomoral.

Antes tenía el subterfugio de mi nación, irme a un lugar en donde me comprendan porque son semejantes a mí, y en verdad que me encuentro a gusto con mi gente, pero en lo esencial soy un extraterrestre allí. Su acento, sus expresiones, su ritmo, sobre todo las mujeres, cuando estuve allí este verano, a veces me entraban ganas de llorar escuchándolas. Esta gente de aquí es seca y extremada, no sabe de medios tonos, al pan pan y al vino vino; pero al menos aquí tengo libertad para sentir y para pensar: aquello es un agujero. Este verano me di cuenta de que he de ser siempre un extraño para mi nación. Y extraño también para mi mujer, sólo me queda refugiarme en mi diosa. Pero eso no es más que un subterfugio, no existe la tal diosa. Cuando estaba en Menorca y salía con Tere, Paquita nos acompañaba y se enamoró de mí, decía que ella se comunicaba con una copia mía. Era un engaño, ¿igual que éste de la diosa? Ella convertía la dualidad erótica en unalidad; el eros es necesariamente dual, pero el espíritu es unal. También las que le rezan a la Virgen del Portal y los que se lanzan a la muerte atados a una bomba. La religión, como el arte, es siempre algo inventado, y entonces cuando yo me consuelo con mi diosa de la incomprensión de mi mujer estoy pasando del eros dual al espíritu unal. No es mentira mi diosa, es el retorno a un entrañamiento olvidado, con ella sano de mis heridas y hallo la paz.

No es verdad que te ame, diosa, son mentira mis rezos, todo una mera farsa, porque si te quisiese todos serian mis hermanos, porque todos somos tú. Si de verdad creyese en ti, se acabarían los miedos, los complejos, la desesperanza. Si de verdad te amase no tendría por qué temer el futuro. Si de verdad creyese en ti sería la paz.

Ahora es el momento de escribir estas reflexiones, con casi 80 años, cuando puedo ver en perspectiva toda mi existencia, y antes de que la vejez me obnubile. Es un momento distinto, está ya fuera el mundo como un espectáculo del que saldré cuando se acabe la función. Me atrae sobre todo la niñez, la ajena y la mía. Todo se fragua allí, pero después la adolescencia te machaca, o al menos eso es lo que a mí me pasó. Y un día decidí no volver al instituto; ya antes, una vez a los 14 años me fui de casa una madrugada a unas minas donde trabajaba mi padre, yo solo, andando, sin saber por dónde se iba. Empezó a llover, y menos mal que un camionero me acogió. Otra vez que iba andando por el camino de Santiago, en invierno, estaba en Piedrafita y nevaba y yo me puse a andar locamente, y un amigo que venía de Madrid me encontró y me trasladó a Lugo, en donde vivía mi abuela que estaba loca allí en casa de mi tía Carmen. Pero hay más: cuando estaba en Menorca de Teniente de Complemento me hallaba tan desesperado que me negué a renovar el contrato, en contra del parecer de los amigos, para volver sin nada al lugar de mi bohemia anterior; y entonces salieron vacantes Madrid. Pero la locura mayor fue comenzar a escribir un libro en que se demostrase que el Dios trascendente es la vida inmanente. No sabía cómo era pero estaba seguro, e hice la carrera y el doctorado y trabajé treinta años buscando la solución; muchas veces estaba detenido sin saber por donde tomar. Y lo que ahora me parece tan sencillo entonces era para mí impensable. Yo no sé si es el azar o la vida quien me ayuda, pero hice todavía más locuras, voy a contar otra. Carmen y yo, pero ella es una mujer niña, encantadora pero indolente o irresponsable, y entonces yo decidí romper con ella, produciendo una tragedia. Había otra mujer que me quería, que era todo lo contrario, de una de las familias más importantes de Galicia, en donde sacó unas oposiciones y a donde yo intentaba volver. Todo se confabulaba para que yo dejase a Carmen, pues tenía entonces la opción de la sensatez. Pero estuve una tarde en su casa y comparándolas

me entraban ganas de llorar; y volví con la mía. Perdí la opción gallega pero ganó el amor y la libertad.

Un día estábamos en el estudio Carmen y yo y oí que alguien subía y se paraba en mi puerta y después de un rato bajaba la escalera; guiado por un presentimiento salí a la ventana y vi que Ana salía ensímismada, creía que mi ruptura con Carmen había sido definitiva y venía a ocupar su lugar; desde entonces las pocas veces que se relacionó conmigo fueron con ira, pero yo no podría ser feliz con ella, pues aparte de mi enamoramiento jamás podría soportar el deterioro imparable de la existencia de Carmen, tan poco previsora, por mi culpa. Pero no fue así; después del día en que estuve en la chavola de Ana en Palomeras, supe que mi mujer era la otra intenté recuperarla, con miedo de que fuera ya demasiado tarde, y ni aun en los altercados, muchos y violentos que tuvimos después me arrepentí de mi vuelta, pues con ella vino a mi existencia algo que le faltaba. Esto se está pareciendo demasiado a una novela pero sigo, buscando lo importante. Ana había sido monja y se salió del convento con María José, pintora, que se servía de mi estudio, y de este modo yo me relacioné con Ana. Ahora María José se había casado con un paisano suyo y se marchara a Valencia, y lo lógico era que Ana se casara también con otro paisano suyo- que era yo- y se fuera a Galicia, pues era el tiempo en que nacían las autonomías. Yo había dejado el Ejército y me había hecho maestro y tenía saudade de mi tierra, siempre tuve la ilusión de fundar el teatro nacional gallego, a imitación de los irlandeses. Quería presentarme en Galicia a las oposiciones y convertirme en un maestro de pueblo y escribir en gallego. Parecía que todo estaba planeado por el destino para que me juntase con Ana y dejase a Carmen. Pero si lo hubiese hecho, nuestra diosa no habría nacido, porque mi apego hubiera hecho que la suplantase la nación gallega. Siempre hubo en mi vida la oposición entre un Mediterráneo apacible y luminoso, encarnado ahora por Carmen, y Galicia. Entonces Carmen y yo nos casamos y en seguida nació Diana; estaba dispuesta a venirse conmigo a Galicia, con esa condición nos unimos, pero yo encontré trabajo en un colegio salesiano, buscamos un piso cerca y comencé a estudiar en la Complutense por las tardes Filosofía, y empezó así el largo camino de la sustitución del apego nativo por la vida.

Este camino hacia la diosa desde la nación se juntaba con el otro ya dicho de la religión. Naciste, entonces, a pesar mío, diosa; yo te imaginaba más limitada. Después he sabido que la nación no existe fuera de los nativos, como la vida no existe fuera de los vivientes. Que son a fin de cuentas lo mismo, la una hacia la praxis y la otra en la religión. Que las religiones todas son fruto de la nación a lo largo de la historia. Que son antes las naciones que las religiones, que se fundan para acrecentarlas, pero que la religión verdadera es materna, primordial. Que si no hubiera gallegos seguirían existiendo las rías gallegas, pero no la nación gallega. Que no tiene razón Nietzsche al hacerle decir a la vida:

“¡Sed como yo! ¡Sed, bajo el cambio incesante de las apariencias, *la madre primordial* que eternamente crea, que eternamente impele a existir, que eternamente se apacigua con este cambio de las apariencias!” (Nac 137)

Nietzsche no sale del monoteísmo y de su trascendencia; no ‘sed como yo’ sino ‘sois yo misma’: ‘nuestra potencia, nuestra dulzura’, nuestra dación y nuestra recepción; nuestra integración, que hace el tránsito de nuestro movimiento, nada hay fuera de él. Y sólo tú eres plenamente mamá, cuando alcanzamos la *paridad*.

Tanto Nietzsche como Schopenhauer se quedan en el sueño idealista, al no saber de la bilateralidad vital. El único vitalismo es el nuestro, el único antimonoteísmo, al no admitir ninguna entelequia exterior a nuestra propia vivencia.

Una religión sin Dios todopoderoso, en el que se esconde la manipulación, sin dogmas en los que se oculta su falsedad, sin el teatro de las ceremonias y las catedrales, sin amenazas tremebundas. Una religión sencilla, como el arte y el eros, brotada de la propia humanidad.

Yo sé que mi obra es un primer paso para lograr un arte y una religión más vitales. Hubo un tiempo en el que me creí un fundador de religiones, después un tratadista, ahora sólo un explorador.

“...que la aceptase como era”, me aconsejó Miqui cuando lo tomé como intermediario para recuperarla, y me advirtió después de concertarme una entrevista: “Ya sabes que no es puntual, así que no te enfades si llega tarde’. Pues Carmen

es el derroche; vino al mundo para pasearlo, anda siempre despacio, antes cimbreando todo el esqueleto, ahora se le ha petrificado. Una vez casados, yo empeñado en que terminase Magisterio, pero ella no tenía mucho interés, tiene también varios cursos aprobados de inglés... Hizo algún año de decoración... pero después encontró su vocación en la pintura y hacía cosas muy luminosas, espontáneas, abocetadas, que yo quería que dejase así, pero ella se empeñaba en terminarlas; pero lo dejó también y se convirtió en la compañera adorno del artista; yo trabajando denodadamente y ella probándose vestidos y viendo la tele hasta las dos o las tres de la madrugada. Al comienzo a mí me llevaban los demonios, pero después comprendí que no se puede hacer nada, ella es así y no podré cambiarla jamás. Hace ya años que estamos tranquilos tiene ya 74 años y yo 78, y sigo levantando la cabeza de mis escritos para darle mi opinión sobre la última falda o nuevo abrigo. Con Ana, tan responsable y comprometida, hubiese tenido una existencia muy diferente, pero yo prefiero ésta, porque yo también soy un poco así.

He dicho cosas que nunca se dijeron; he pensado ideas que no se pensaron nunca, tanto en filosofía como en religión y en arte. Parto del pensamiento de mi época: Freud, Hegel, Nietzsche, sobre todo de Freud. Pero antes que él fue para mí Hegel. Fue este filósofo quien me hizo entrar en la filosofía, querían hacerme marxista, a Hegel no lo entendía. Después su dialéctica me parecía engañosa y además yo buscaba una para mi arte del drama. En Freud yo no quería entrar prematuramente, quería tener antes pensadas algunas cosas, como la bilateralidad, quería hacerlo dialéctico. En cuanto a Nietzsche, sólo me interesó de él *El nacimiento de la tragedia*; el resto es genial pero errático y yo buscaba lo que él nunca logró, un sistema. Por lo tanto no puede decirse que yo tenga un maestro único, ni que dependa absolutamente de ninguno. Después está Husserl, que leí mucho, pero del que poco recogí.

He dicho cosas que nunca se dijeron, pero ¿a quién?, si nadie las oye. Intenté que tres profesores leyesen mi obra principal y no lo logré; intenté publicarla una vez, y no lo conseguí. Entonces me dije: en vez de hacerme notar con artículos, voy a seguir, e hice la *Poética I* y ahora estoy en la II, -me falta aún la III- pues esta obra completa la anterior y es también exploradora como aquélla. Las fui

elaborando lentamente a las dos durante muchos años. Y además están estos pensamientos. Pero falta mi *Canto final*.

Yo tengo la seguridad de que mi obra quedará, y nos humanizará: se necesita su bilateralidad y su inmanencia. El que haya silencio a mi alrededor es una ventaja; yo quisiera triunfar, que mis ideas se conociesen y me alabasen, claro, es mi alienación, que está ansiosa de reconocimiento. Pero descartado esto, y no por mi voluntad, el silencio que rodea mi trabajo me ayuda a reconcentrarme intentando que no haya en mí rencor. Que mi diosa me haga un niño pequeño, trabajo para ella, que somos todos nosotros.

Sé que lo más importante en la existencia de uno es el (des)entrañamiento o sentimiento, al mismo tiempo, de unión y de extrañamiento, la escisión existente entre el darse y el ser recibido: porque eso es el origen del mundo y del arte y del eros. Las plantas están enteramente integradas; y los que viven en los infiernos, absolutamente desintegrados. Lo más importante es las dos cosas, la (des)integración que busca integrarse, que crea el arte y el espíritu. Es de lo que tratan todos los artistas que ahondan un poco en sí mismos: la búsqueda de esa entraña que quizá nunca vivieron y que nunca tendrán. Hay quien se conforma y quien se desespera. Por lo tanto la religión es también esta búsqueda por el infante de la madre. La oración la pide y generalmente la alcanza. Todo lo demás: la caducidad de la existencia, la opresión política, el hambre en el mundo no son esenciales, unos pertenecen a la naturaleza y son asunto de la ciencia, otros a la política. El arte y la religión tienen sólo el desentrañamiento como esencia.

Todas las religiones son falsas y además comercian con el temor de sus fieles. Los engañan y los utilizan. Todas son estructuras de poder. Pero puede haber santificación en ellas, pues cualquier dios vale para ser hecho receptor unal en la oración. Toda la parafernalia de la liturgia es para embaucar, y los altares y los ropajes y las catedrales. Lo único digno de ser adorado es la vida, que es una niña y no necesita altares, o también, cuando me encuentro excesivamente desesperado, una madre, la antigua mía divinizada.

*La vida es integración desentrañal; nunca alcanzará el enterañamiento, a no ser por algunos momentos que preparan procesos; en general, la existencia consiste en esta preparación, que casi siempre defrauda. El anhelo es lo más importante, es imperecedero; aunque no se obtengan más que guiñapos, él no descansa.

Yo no vengo a llevarme nada, sólo a estar contigo. Recuerdo hace muchos años, que me fui con Teófilo en su coche a la sierra de Guadarrama. Él quería conversar y tal vez algo más; yo me escabullí, en una garganta, viendo correr el agua, y estuve cuatro horas, y él buscándome. Sólo contemplando, perdido en el paisaje; a veces volvía en mí, pero pronto regresaba a ti, diosa, aunque entonces aún no te había encontrado. Ahora, después de varios libros, cesa la poesía, pero no la aventura. Hubo un tiempo, cuando vine al principio a Gredos, que me descalzaba y en los lugares más escondidos me desnudaba para que fueses enteramente mi madre. Después vinieron Horacio y Safo y las bacanales poéticas eróticas y místicas. Todo eso pasó ya. Quiero recuperarte como madre.

Ahora que ya no transformo la realidad, sufro de nostalgia y los recuerdos me asaltan de tantos poemas escritos aquí y allá. Por eso intento pasar camino adelante. Igual me pasa en mi ciudad: me aplastan los recuerdos. Si yo tuviera la potencia de arrancarme toda esa bazofia. No quiero pasado, no quiero saudade, quiero estar en el presente, niño contigo, Madre, 'nuestra potencia y nuestra dulzura'.

Cuando empecé a filosofar sabía que llegaría a la verdad, y me era igual empezar por donde fuera, caminaba por cualquier camino, me iría acercando a lo buscado. Y empecé por el naturismo hasta ver que por ahí no era; estuve dos años con el diccionario, hasta encontrar las dos palabras que me parecían las más importantes: 'vida' y 'movimiento'. Investigué todo cuanto tenían dentro esos conceptos para ver cuál era el más importante. Pero estaba aún en la unilateralidad: sólo cuando la vida se me hizo bilateral: 'la vida como integración hace el movimiento', entonces ya estaba casi todo pensado.

No sabía cuál era el camino, porque no sabía cuál era la meta. Sabía que se trataba de hacer mi existencia más humana. Estuve mucho tiempo con el conocimiento, en cuatro etapas. El concepto de 'fysis' me encandiló, pero no nació nada de él hasta que no lo vi como bilateral: la bilateralidad es la palabra clave de esta filosofía de la vida.

Felisa era diferente;
le pegaban. Vivía
en el piso de arriba. Siempre
luminosa. Todos nosotros
estábamos sometidos;
viva, frutal. Ella
era de otro linaje. Luminosa.
Todo el mundo estaba condenado al trabajo
diario, a guardar para mañana, a hacerse
un provenir. Ella no, por eso me
encantaba. Yo era un niño,
un día me trajo un merengue
blanco, el único de toda mi infancia.
Así es mi mujer. Yo emprendí
la tarea de cambiarla, incluso me separé
de ella, porque no sabía que una
mujer así, en este mundo siniestro del
deber y el sacrificio, es la luz.
Felisa acabó mal, pero no
Carmen, gracias a mí.

Esta pretensión de querer comunicarme con la vida o es una locura o una estupidez. Nunca se ha podido y en la humanidad se han intentado las religiones para hacer de intermediarias, puesto que directamente era imposible. Y ahora vienes tú con la pretensión de ser su niño bonito; olvídalo, es una tontería.

Pero yo no pretendo que me cuide, ni que me diga sus secretos, ni me considero su hijo predilecto, porque sé que la realidad me demostraría pronto que no es así. Lo que quiero simplemente es hacerme ella lo más posible, apartar de mí lo que me aleja. Por el libro de filosofía supe que es espíritu y comunión y unión y comunicación: eso es lo que busco. Y si la pongo fuera de mí y le rezo es buscando esta identificación. Los dioses que las religiones

inventaron como intermediarios son por el contrario opresión y temor.

Cuando yo andaba detrás de Carmen para hacerla mía, ella me dijo:

-Hay dos clases de hombres, los caballos y los monos, y tú eres mono y yo soy yegua y necesito un caballo, por lo tanto, por mucho que te esfuerces no me conseguirás, así que lo mejor que puedes hacer es irte.

Pero no fue así, la conseguí y la monté, y ella está contenta, pero no me bastaba eso, tal vez a causa del instinto de muerte del que habla Freud. Tenía la necesidad de que ella también fuese mona, perdí así la oportunidad de vivir con una hermosa yegua.

Y así pasé años y años intentándolo y llenando de odio nuestra convivencia, hasta que me convencí de mi fortuna, de que un pobre mono pueda cabalgar sobre una hermosa yegua.

Nosotros intentamos hacer del apego paridad, nuestro camino no pasa por el Padre, que no es más que opresión y pecado, como se ve en todas las religiones. El nuestro va por la Madre, en la que no existe esa lacra. Pero la madre no es más que medio. A través de ella tenemos que alcanzar la integración total, por eso el comienzo de la oración es 'Vida, nuestra diosa', pero a continuación 'nuestra potencia, nuestra dulzura'. Y al final 'divina dao', que es la paridad, como se ve en el último capítulo del libro de la *Vida*. Y la oración acaba en 'mamá': hacer de *dao* 'mamá' es nuestra utopía.

'La gata de la señora Eugenia partía el corazón de los que la oían llorar porque le habían quitado sus hijos. Y tú, que eres nuestra vida, ¿no tienes un instinto parecido? No nos defiendes con uñas y dientes cuando nos quieren dañar, ¿por qué no nos avisas cuando nosotros mismos nos hacemos daño?'

Pero es que la vida no es la madre, que sí hace todo eso. La vida es nuestro entrañamiento con ella; en la vida hay siempre dos lados, y ella es lo que hay en medio. No es una diosa, aunque la divinicemos para conseguir entrañarnos. Ese Dios que ponen en el altar no es más que un utensilio para conseguir el entrañamiento materno. La vida no nos puede defender porque es el defenderme de mi defensa. Yo me defiendo mejor si la tengo a ella. Y eso es lo que busco en la oración: potenciarme y también ser amor con los demás

sin extrañamiento. No hay otra muerte que él. Incluso la defunción puede ser vida (pequeña), una brizna cada vez más minúscula, pero vida, hasta la cesación.

En la integración, que es la vida en general, la dación alcanza la recepción y viceversa, pero siempre hay una deficiencia menor mayor, es el desentrañamiento.

El agente se busca su propia recepción. Una dación que haga la recepción es el arte. La religión desde el comienzo unida a la madre, también contiene su propia recepción. Pero si yo soy dación que necesita la recepción, la recepción, que es lo otro, mi dación la hace. La necesidad me empuja a ello. En la religión como actividad individual, y como actividad comunitaria también: todos hacemos la de todos. La religión nació (en el deísmo nos la proponen ya hecha) nació en esta potencia de grupo ayudado a veces desde fuera por la música o algún brebaje. El grupo vive la potencia espiritual creada por él mismo, aunque invoque a algún dios. Pues si esto lo hace en grupo, ¿por qué no lo va hacer también el individuo solo? También el agente individual hace su recepción y se regala con ella. El espíritu por lo tanto es el resultado de la actividad inmanente de un agente individual o colectivo.

El espíritu es el (des)entrañamiento primordial redivivo. La religión y el arte son lo mismo: (des)entrañamiento. Son las dimensiones vitales más parecidas: una es la dos y las dos desentrañales. La religión tiene la comunión, que sobrepasa la unalidad. Pero nosotros le hemos inventado al arte también una hermana: *el arte total*.

El espíritu se halla buscando lo sagrado en el entrañamiento originario. Es la vivencia del entrañamiento perdido por el desarrollo de la representación y la conciencia, que nos hacen vivir en la escisión.

La *religión* es una *reiligación* de una escisión.

“El hombre objetiva en la religión *su esencia secreta*. Es, por lo tanto, necesario demostrar que esta oposición, esta escisión entre Dios y el hombre con la que comienza la religión es una escisión entre el hombre y su propia esencia... si realmente el ser divino, que es el objeto de de la religión, fuera una cosa diferente a la esencia del hombre, no podría

originarse de ninguna manera desunión, escisión alguna" (Feuerbach *Es* 85).

Es verano, estoy en la sierra de Gredos, pero no me atrevo a subir a los lugares en donde hice mis poemas. ¡Con qué pasión me entregaba al entorno! En mí la sierra cantaba, sollozaba, bailaba; en cambio ahora me mira hosco, encerrada en sí misma. Pertenece ya al pasado. No subiré más a lo alto, donde veía que Dios es azar, en donde pedía ser enterrado, carne para buitres. Ahora estoy intentando hacer una antología escogiendo lo mejor. Hay mucha ideología y combate, que ahora desprecio. Poemas que hablen de lo más hondo de mi sentimiento; lo demás, bazofia. He arrojado a la papelera carros de poemas combativos, pero aún quedan. Ha sido otro de mis grandes errores, Carmen me lo decía pero yo no lo veía.

Hace un montón de años que no venía por aquí arriba desesperado buscando libertad, saliendo de casa en estampida porque mi madre hablaba llena de odio de mi hermana. A la salida, una niñita al sol, bañándose, me sonreía; ahora está ya casada, y mi madre, muerta. Hoy sigo por aquí con paso cansado y un niño le dice a otro: 'Mira, un viejo'. Es el tiempo, ¿no?, que yo digo que no existe; es la caducidad. El tiempo no es más que pasado, no es más que el rasro que dejamos. La vida es movimiento, proceso, cambio. Yo ahora, después de tantos años de estar bien, voy decayendo. Si antes mi vida era 8 ahora es 4, y más tarde será 2, y 1. Hasta llegar al cero mi vida -la muerte no existe- no cesará.

Antes la naturaleza me hablaba, era mi espejo, yo me veía en ella y no tenía más que tomar nota, desterrado el yo maldito que hunde los poemas. Yo estoy ahí fuera, no había yo, o era un yo-ella, como si estuviera en su regazo y fuese un niño pequeño que no tiene conciencia de sí mismo, entregado a la madre. Y era maravillosamente feliz perdido en ti, ya no con el cuerpo desnudo y los pies descalzos: con todo mi ser. Sólo volvía en mí cuando bajaba de nuevo al mundo y a los recuerdos y las preocupaciones. Me echaba sobre las peñas en lo alto como si fuera un cacho más, el cielo arriba inmanente azul. Pero después empecé a darles papeles y yo tomaba nota: de ahí salió *Eros y espíritu*, etc. Luego la plenitud erótica y mística se desencadenó en

bacanales y misterios. Ahora ya no tengo que subir montañas buscando, porque lo que busco no está fuera, está en mí, sólo tengo que irme acercando, y toda aventura exterior no hace más de distraerme. Ahora no tengo que imaginar erótica ni espiritualmente, la imaginación no es más que fantasía, la loca de la casa. Ahora me siento delante de una rama al sol y al viento, sin inventar para ella ninguna aventura, sintiéndome ella misma entregada y siendo recibida.

Cierro los ojos para que lo que está fuera entre dentro;
cuando se va los abro de nuevo,
la ramita está allí, lenta,
de nuevo los cierro,
lo que sucede fuera, también dentro.
Ella canta
y yo interiormente también
y así mi mente se va calmando
y ya no hay más que tú y yo.
Siempre estaré así contigo:
yo, unas hojas iluminadas
y tu mi aire y mi luz.

Estoy llorando. ¿Por qué dejas que me torture de este modo? Yo creo el problema y después me es imposible salir y cada vez lo enreveso más y finalmente quedo preso dentro. Y si tú eres la inmanencia, no me dejes que me enrede de esta manera, que esté contigo en tu paz. pero estoy a mil kilómetros de ti, que eres la verdad, mi verdad. El psicoanálisis te va sonsacando y llegas a las causas: también yo puedo decir: es el apego, pero saber la causa no te libra de sus efectos. Lo que hay que hacer es no darle importancia y seguir tirando. Mi error es querer librarme de algo que es consustancial conmigo mismo. Yo no soy ese ser limpio y puro que pretende librarse de una pequeña mancilla. Esa pequeñez es una ramita de mi tronco: saldrá siempre. Cuando pasa tiempo y no viene pienso que la he vencido. Siempre. Conmigo siempre. Y la oración, como medio, no de librarte de ella sino de subsistir con ella. Es un regalo para el arte y para el espíritu. 'Arrancarla fuera; es una mierda': no, eres tú mismo.

Yo tengo apego de niño pequeño. Aquella tarde en el Círculo en que Luis y Eugenio decían cosas que no eran verdad de mi obra, y entonces llegó Carmen y yo me entregué casi llorando a sus brazos, quejándome de ellos; pero ella les

dio la razón y entonces me quedé enteramente desvalido. Esa reacción mía me sorprende a mí mismo: me convertí enteramente en un niño pequeño. Es mi apego. Elogian mi obra y yo me crezco, como el torero después de la faena. Pues que no me crezca tanto.

Pasé una noche de tortura, rezando, pero no me libero del problema. Quisiera que alguien cargara con él, y el problema soy yo mismo. Sísifo, es la peña que trasladaba todos los días a lo alto de la montaña. Ahora, que no puedo, me está aplastando.

Ella te acaricia pero tu grito
sigue incontenible,
retumba por los montes.

Te acaricia para que grites más
y para que tengas ritmo.

No se puede hacer otra cosa que lo que se hace.

Regresa a la tarea, trabaja
dándole forma a tus fantasmas.

La religión da sentido al sufrimiento si se dedica a acrecentarme espiritualmente. El espíritu lo hacemos nosotros con nuestra oración y nuestro sufrir, que son la dación que hace la recepción. Si un amigo me hiere, si mi mujer no me quiere, si estoy enfermo, si alguien querido se muere, el sufrimiento lo hago dativo para que mi recepción crezca, la creación espiritual a costa del sufrimiento, le doy un sentido si se lo elevo como ofrenda a mi diosa. ¿Y quién es tu diosa? La vida inmanente, su lado receptivo materno que ahora está en mí. Mi madre inventó a mi diosa y después murió, pero ella no me abandona.

La religión da sentido al sufrimiento. Ésta es la grandeza de la religión; no la mentirosa creencia en otro mundo. La vida toda es caduca, pero siempre nueva. Para que otros vivan, y mi morir hará la vida de otros con los que yo no estaré, pero algo mío les ayudará. A esos nuevos me dirijo, que gozarán un poco de mi vida, vosotros sois mis mesías. Los hombres y mujeres de mañana, que de alguna manera son también mi obra, caduca pero siempre nueva.

Un día mi madre me dijo: 'Vete y no vuelvas más'. Estábamos en Móstoles, entre su casa y la estación. Y yo me marché, esperaba que se arrepintiera y me llamara, pero no fue así: *desarraigo*. Yo le había alquilado la casa y pagaba su luz,

que dejaba encendida. Después encontró a su compañero. Yo volvía y llamaba a la puerta y no me abría, hasta que Victorio la convenció. Y nos sentábamos en unos sofás desvencijados ante la tele. Fue cuando me habló del otro desarraigo, el más grande: que de niño lloraba desesperado cuando me quitó el pecho porque estaba embarazada. Y yo comprendí entonces mi obsesión por las tetas en la poesía y la escultura y el arte total. Paseábamos por aquella ciudad extraña, pero sin recuerdos lacerantes. Antes, cuando no me abría, como además en casa Carmen y Diana se querían más que a mí, inventé a mi diosa: una deidad nacida en el desarraigo.

Adiviné mi desarraigo materno contemplando una cala en Denia azotada eternamente por las olas, una mañana que estaban ellas mismas componiendo mi *Escultura mística*, que este verano voy a leer en mi exposición. A mi aquella dureza, en contra de todo lo que estaba haciendo, me sugería a mi madre, y no comprendía por qué. Mi método compositivo intuitivo, como ya dije en *Poética I*, se parece al freudiano del diván y la asociación libre, pues en los dos casos se trata de intuición, no de conocimiento, sino de algo anterior.

Cuando mi madre no me abría la puerta semanalmente y yo regresaba entristecido, estaba repitiendo su destete, por eso yo lo sentía de aquel modo, y tuve que buscar una madre sustituta. El desarraigo mío está tapado por el apego, desarraigo soterrado, por eso no he sabido hasta hoy de él. Y entonces debajo del amor tierno que sentía por ella había ese odio. He sido un hijo dócil, un buen hijo, ayudándole cuando lo necesitó, pero debajo había un odio, que no se ve en la poesía ni en el drama, pero sí en algunas esculturas. Voy a fotografiar alguna para que se vea.

Todos los días cuando voy al colegio va también una madre fea, delgada, autoritaria, chillona con un niño que la ama. No importa cómo sea mi amada, sino cómo sea mi amor.

El entrañamiento primordial es una labor que hacemos los dos, pero más el infante que la madre. Yo soy un viejo feo y barbudo y sin embargo mi nieto pega su carita a la mía y me mira tan amoroso como si fuese su amada. Y es que los niños y las niñas pequeños son de una potencia amorosa enorme. Recuerdo cuando era maestro: yo era para ellos su

dios. Tienen poco conocimiento, pero infinitamente amor. Por eso no importa que mi madre haya tenido deficiencias, que yo no veía; sin embargo el apego seguro que me viene de aquel desarraigo primero. Y mi timidez ante las mujeres, y mi compasión por mi primo Armando. Y, en fin, mi religión.

"El amor de la madre es incondicional, y también es omniprotector y envolvente; como es incondicional, tampoco puede controlarse o adquirirse. Su presencia da a la persona amada una sensación de dicha; su ausencia produce un sentimiento de abandono y profunda desesperación... El amor de la madre no puede adquirirse; está ahí, o no; todo lo que puedo hacer es tener fe -como dice el salmista: 'Sobre los pechos de mi madre me hiciste estar confiado' (22 9) y transformarme en una criatura desvalida e impotente" (Fromm 69).

Yahvé con Caín se portó como una madre desarraigada.

¿Por qué tanto sacrificio metido siempre en mí mismo, sin apenas relacionarme, penosamente, sin alegría, día tras día, año tras año? Otros han hecho lo mismo: a Van Gogh y a Nietzsche es a los que siempre cito, porque son los que veo más cercanos, pero hay muchos más. De todas maneras son sólo unos pocos 'chalaos', podríamos decir. Dejan una obra que después que ellos cascan es leída con mucho interés, o contemplada. Yo supongo que mi caso será similar. Pero la cuestión es: ¿por qué de esa manera tan sacrificada, por qué no un poco más regaladamente? En primer lugar porque la búsqueda es difícil, porque se trata de encontrar otras vías para llegar a la vida. En segundo lugar porque nada nos contenta sino ella, tan inasible. Tal vez yo sea un poco más consciente al llamarle 'vida' a lo que busco. Seguramente se trata de anhelo, una especie de enfermedad. Nos importa sobre todo la obra. Yo ahora me parece que ya tengo poco tiempo y tengo que acabar la *Poética* que completa mi filosofía. He cometido algunos errores y por eso he retrasado esa obra. Cuando esté, ya lo más importante está hecho; después me moriré, y ella queda, valga lo que valga.

El apego, que me arrastra constantemente hacia mi tierra, es mi mayor mal, pero tal vez, a fin de cuentas, me sirva para algo. Me sirvió para ser fiel a mi mujer, en tantos años, que fui solicitado por hombres y mujeres y me mantuve firme. Me sirvió para no meterme en esos líos, lo cual

perjudicaría la obra. Pero lo más importante, yo creo que me sirve también para la vida del espíritu. El convertir la vida que es integración dual, en diosa y madre es fruto del apego. Es una rémora, hay que superarlo, pero es un punto de partida. La oración tiene que dirigirse a una figura materna, haciéndola 'tú' un niño desvalido. Poco a poco se irá pasando a *dao*, en donde tal cosa ya no cabe, y yo me hallo ahora en el proceso. Este camino es lento, otros podrán hacerlo más directamente.

Contemplo un castaño milenario
de raíces potentes.
Le cortan cachos pero él echa hojas y ramas nuevas
porque su raíz es potente;
no pueden con él los leñadores,
seguirán cortando y él siempre renacerá.

El *entrañamiento* puedes vivirlo desde la dación infantil o desde la integración con la madre. Como sabemos por Freud, tanto el niño como la niña son los dos dación masculina al comienzo, para integrarse con la recepción materna. La vida es la integración, pero quien la hace fundamentalmente es el infante, que es quien convierte a una mujer en madre. Por lo tanto el origen es dativo, y si queremos acercarnos a él podemos lograrlo con la oración. Es una 'casualidad' que también en la oración el orante sea dativo y la deidad la recepción. Es así porque la oración no hace más que repetir la necesidad de recepción infantil. Allí sin ella el infante moriría; aquí tiene que ser exactamente igual, tiene que ser una necesidad tan honda como aquélla para que, ahora desde la unalidad, la integración se realice, y con ella, la plenitud y ocasionalmente, la paridad.

Me fijaba en las ramas entregadas al aire y a la luz, pero me olvidé de la raíz, y es donde está el origen. Allí también se realiza una integración, esta vez con la tierra, pues el árbol es el mejor símbolo de la vida, puesto que es el punto de unión del cielo y la tierra, de que tanto habla Lao. Nuestra madre se integra con nuestro padre en cada una de las plantas, aun de las más pequeñas, y la integración es la misma vida. Como en la erótica nace un hijo, también en ésta es el hijo nacido de la integración de los padres, con la única diferencia de que allí el hijo es efecto y aquí causa. La vida es una actividad dativo/receptiva en la

naturaleza, y seguramente también en el cosmos. Para que haya vida vegetal se necesita una semilla, la tierra y el cielo. En ese germen está la futura integración. El cielo y la tierra la cuidan cada uno por su lado, y se ponen de acuerdo en esa semilla, en donde trabajan juntos, y el fruto es el árbol. Este árbol no es otra cosa que un modo de integración, la semilla se da y es recibida por dos madres, una por arriba y otra por abajo. Hay una única dación y dos recepciones, pero la tierra también se da: sustancias nutritivas, etc., y el cielo: lluvia, etc. No hay más vida que ésta, que se da y recibe por abajo y por arriba. La tierra es la más receptiva, como a la madre y el cielo más dativo: día, noche, etc. Lo reciben y le dan, parece que el también da y recibe. Es por lo tanto la mejor muestra de la paridad que buscamos. Podemos decir que están en éxtasis, y por las raíces sube y por las ramas canta. Los animales tienen una madre, que les da todo lo que ella ha ido ganando a lo largo de la evolución; los vegetales no tienen esa suerte, están siempre comenzando, pero en compensación tienen dos.

La voluntad no sirve para hacer poemas ni para que la diosa me reciba, sólo para prepararme y esperar. Nada importante se consigue con voluntad. Ella sola sin la posibilidad es sufriente. Si estoy enfermo y quiero sanar, el querer sólo me vale para sufrir. Si estoy enfermo tengo sólo que confiar en la vida, y lo mismo en el arte y en el espíritu. Sólo vale para la praxis. Con voluntad se levanta un edificio, con voluntad y posibilidad; la voluntad sola no. Quiero pero no puedo. A Nietzsche su 'voluntad de poder' no le impidió volverse loco. A mi sobrino la voluntad excesiva le rompió los tendones de los brazos. La voluntad en Nietzsche y Schopenhauer, ¡yo prefiero la confianza!

Un gran castaño antiguo del que emergen ramas nuevas haciéndose madre de sí mismo, como yo en la oración. Todo está muy claro, no hay ninguna cosa rara, todo es filosófico, no necesitamos dogmas para tapar falsedades. Me arrodillo ante mi (des)entrañamiento primero para integrarme a él como cuando niño, regresar por unos momentos al paraíso del que el mundo me ha expulsado (bien es verdad que me ha dado a cambio muchos dones, entre ellos esta filosofía). Y después vuelvo a él, 'vuelvo al Padre', 'vengo de la Madre': los dos reconciliados.

Cuando me di cuenta de que yo no soy constructor ni fundador sino sólo un explorador, sentí una gran alegría, porque me había impuesto una tarea ingente que no podría llevar a cabo, por ejemplo un tratado de Religión filosófica, por ejemplo cuatro tomos de Estética, por ejemplo un estudio de la nación gallega en galego, en dos tomos el primero filosófico y el segundo histórico; esta obra tengo aún la esperanza de hacerla, pero ha de ser, si puedo, cuando acabe la Poética que es ahora mi obligación principal. La he traído a Gredos, con el ordenador; ya no subo a lo alto, ahora me doy unos paseos por aquí abajo y miro con saudade las cumbres. Realmente la poesía era pretexto, lo que yo deseaba sobre todo es esta entrega, que la mente se acallase delante de estos peñascos: soñaba hacerme anacoreta, distribuiría los espacios: el oratorio, el dormitorio. No sabía entonces que mi diosa era la vida. Me sabía religioso y ateo. Alguna vez vine con una tienda, pero generalmente todo se quedó en sueños: pétrea la mente, como una roca más, sin la tortura de la conciencia; es lo que buscan todos los anacoretas, acallar la mente, también de dogmas y amenazas. La paz. Y cuando estuve en la cartuja: es lo mismo, el silencio; allí arriba el entorno viviendo en mí, yo nada más que un abrirme, para que toda la naturaleza se engrandezca, iluminando lo que en seguida se volverá naturaleza, pues por allí arriba andarán pronto mis cenizas.

Cuando estaba comenzando mi libro de la *Vida* (mío en el sentido de que se trata sólo de mi interpretación) influido por Gandhi que desechaba las máquinas y viendo cómo la cultura del ordenador se imponía, comencé, como es tradicional en filosofía, por el entendimiento y encontré cuatro niveles: uno conducido por el percepto; otro por el concepto, otro por un medio y otro por un instrumento. En éste último entre el objeto y el agente se halla un instrumento, que yo quería que fuese el más sencillo posible, por eso escribía con una máquina y no con un ordenador. Es la nostalgia del paraíso llevada al mundo. Ahora trabajo con un ordenador, y mi obra avanza más aprisa, siento no haberlo hecho antes. Y en este momento, después de de una jornada madrugadora de tres horas, estoy en la paz de la naturaleza; después de tanta intermediación, se desea más este contacto directo, envolvente. Elena, mi ex-editora, trabaja con ordenador y por la ventana ve los olivos. Es hermosa esta complementación. Aquel primer

camino hacia la filosofía fracasó, después de un año de búsqueda, porque había que buscar la vida por otro camino: partiendo de la bilateralidad y la integración.

También podría decir que la vida es un deseo, una voluntad, el *conatus* de Epinosa. Aquí en medio del camino, un castaño quiere nacer; no durará mucho su intento, porque aunque ahora no pasan carros, algún pisotón lo deshará. Pero él quiere. Y todos los pinos que se yerguen monte arriba son también voluntades. Pero el intento aún no es la vida, sólo la mitad, la dación; necesita ser recibido por el entorno y crecer en la integración. La vida es una actividad dativo/receptiva. No hay tal ímpetu vital, hay sólo una necesidad de darse, la masculinidad y otra de recibir, la feminidad; la vida comienza masculina, pero también ella puede iniciar la aventura, incitándolo a él. Hay masculinidad y feminidad en el hombre y en la mujer, sólo es cuestión de dominancia. Y la naturaleza es femenina, y la cultura, y la mar, y el Estado del Bienestar. Para que la vida sea real es necesario que los dos lados estén a la misma altura: *fysis* y *dao*; Heráclito y Lao Tse son sus dos apóstoles: occidente masculino y oriente femenino. Pero aquí hay también islotes femeninos, uno es el de los celtas, empujados hacia el borde del continente por los germanos, de cultura masculina. Soñadores, oceánicos. De ahí nació mi feminidad, mi opción por la vida en contra del dios, por lo tanto, no desde el lado masculino, como en Nietzsche, sino en la feminidad. Porque además estamos en el momento histórico de la mujer.

La vida es verdad que es lo más glorioso, pero también puede ser lo más cruel. ¿Por qué le rezas? ¿Es que quieres encandilarla para que se porte mejor contigo? No te hace caso, no existe, es el orante mismo, enfrente no hay nada a no ser que pongas tú un dios opresor. Rezarle a la vida es como volver la cabeza hacia el propio pecho y quedar así petrificado. Es como el gusano de seda enroscado dentro de su capuchón. Es como la pescadilla que se muerde la cola: eso y no otra cosa es tu estúpida oración. Deja ya esa locura. Te haces ateo o monoteísta, no hay términos medios, no hay escapatoria, no hay otra solución.

Pero en mí hay una búsqueda profunda de totalidad a la que puedo regresar haciendo yo la otra parte. La vida hemos visto que es dual en el eros, etc; también en el espíritu

es posible el crecimiento espiritual, como lo demuestran los santos. Si la filosofía y la fenomenología me dicen que no hay más que mi oración, aún para los que creen en un dios trascendente; si además yo he experimentado en reuniones místicas que me entregaba y recibía más que los comulgantes monoteístas con los que estaba... Por lo tanto hay que aceptar, lo mismo para el arte que para el espíritu, una integración unal.

Las religiones tienen que ser forzosamente mentirosas, porque parten de una vivencia inmanente, entrañal, vital, pero a ellas les interesa emplearla en beneficio del cuerpo sacerdotal y de la nación, y así hay tantas religiones como naciones, a no ser cuando una de modo imperialista se apodera de las otras. Tienen que ser falsas porque son muchas y todas pretenden ser la única verdadera. En cambio la religión de la vida vale para todas, pues todas tienen una parte originaria inmanente, pura vivencia espiritual, que es lo que les interesa a los místicos y a los santos; y después está la parte trascendente, dogmática: lo que hay que desechar.

Unamuno describió en una novela a un santo ateo, pero no fue capaz de llegar al fondo. Yo habité durante un cuarto de siglo con los salesianos y adoraba a su Virgen y lo sigo haciendo -voy todos los años a su procesión- porque la considero imagen de la vida. Tengo en la pared una foto de una chica en éxtasis viendo a la Virgen: tiene el cuello hacia atrás y la cabeza caída igual que las esculturas y cerámicas que se conservan de las bacantes griegas. La vida niña nace en mí, y para verla tengo que ponerla fuera. Si volviese a la cartuja, en donde estuve de joven, hoy me quedaría.

El vaquero sube montaña arriba tras de una vaca que no quiere volver al invierno en el establo, después de haber estado todo el verano arriba en libertad. Es tan imposible esta rebelión como la de mi suegro, que se incorporaba en la cama y quería irse, negándose a morir. Será encerrada con premeditación y alevosía. Rebelarse cuando no hay más remedio que someterse es suicida. Sí, pero también someterse; mejor es morir en la rebelión. Por eso no tienen razón los que se oponen a las corridas de toros. El toro, lucha por su libertad, muere heroicamente defendiéndola. Y el torero hace un arte modélico de esa lucha. Es grandeza,

es belleza, es hombría, ese enfrentamiento con la muerte, es una verdad maravillosa de valor y de arte; pero los moralistas no lo ven así, porque ellos todo lo que sea vital no lo pueden entender, aplastados por la losa de su preciosa moral.

Quiero darte las gracias, diosa, mi vida, esta mañana de agosto en que concluí con éxito mis diez categorías formales de la poesía y el drama. Mi idea era que así como Aristóteles y Kant habían hecho sus listas de las del entendimiento, podría hacer yo las del arte. Encontré pronto las básicas: tres de la síntesis y otras tres de la adición. De las imaginarias, el antesentido estaba, el insentido podría encontrarse también en la Retórica, pero no las dos restantes. El entresentido es el que más me costó, y es la más mía. Ahora están ya las diez escritas y demostradas, extensibles a los sueños y al escarnio. Nietzsche loqueó cuando intentó sistematizar sus ideas y no pudo; a mí me hubiera pasado algo parecido, porque toda mi vida ha estado entregada a esto. Por lo tanto, diosa, vida mía, te doy las gracias.

El yo, la conciencia, es la cárcel; si logro comunicarme siento un gran alivio, porque descanso del yo. En la oración me entrego a alguien que me recibe y descanso en ella. Pero si ese alguien no existiese... No existía, pero yo lo creo con la oración. Y en donde no había más que un yo solitario, después hay un ser confortado. ¿Aunque no exista ese otro? Tampoco existía cuando Teresa decía que caminaba con Jesús a su lado. A una persona no se la puede hacer, pero aquí no se trata de una persona, la religión es una dimensión vital unal, no se necesita más que la persona del orante pues él, como dice Machado 'hace la amada'. El razonamiento del poeta no vale del todo para el eros, pero sí absolutamente para el espíritu.

Hace falta una gran confianza en que rezándole a la vida la acrecientas, porque es verdad que realmente la aumentas, pues alcanzando una unión que no tenías subes un grado en la escala vital, o dos. Yo después de rezar a mi diosa siento una unión que antes no tenía. Soy más feliz. ¿Ilusión? Tengo más vida, la oración me la ha acrecentado, esto es real. Y si antes estaba que no podía ni con mi alma ahora me levanto sosegado y puedo escribir estas

reflexiones en paz. Si la religión es una dimensión vital nuestra y la oración me potencia. ¿Por qué no voy a rezar?

Partiendo de la sabiduría de que la religión es unal, pues ya conocemos las mentiras y la opresión de la dual, la comunicación en ella tiene que ser también unal. Pero la comunicación es dual: sí, en la praxis, en el eros; en el arte hemos visto que realmente no la hay porque el arte es expresión. La religión es más vital que el arte. En la oración yo no busco la comunicación imposible en la unalidad, busco la unión que sí es vivible en la unalidad. Puedo sentirme unido con Rosalía, con Gandhi, no es necesario que ellos mismos estén conmigo. Ese es el trabajo de la oración, lograr la unión, y lo que consiguen los santos de todas las religiones es una unión verdadera porque aunque la religión sea falsa y su dios no exista, la unión la hace el orante sin necesidad de la intervención de la deidad.

Científicamente yo me baso en dos sentencias, una neurológica: 'todo hombre, si se lo propone, es el constructor de su propio cerebro'; esta frase de Ramón y Cajal se halla escrita en la pared del hospital madrileño de su nombre. Y la otra es de Freud: "En la vida psíquica nada de lo una vez formado puede desaparecer jamás; todo se conserva de alguna manera y puede volver a surgir en circunstancias favorables, como por ejemplo, mediante una regresión de suficiente profundidad" (3020). De acuerdo con estas dos sentencias, el entañamiento que hemos vivido con nuestra madre podemos rehacerlo de nuevo mediante la oración, tanto en la inmanente como en la trascendente, y consiste en la reconstrucción de la experiencia vivida con ella. Es un trabajo enorme, y lo que se alcanza puede perderse fácilmente, por eso los religiosos suelen retirarse del mundo, y ayudarse de la compañía de otros que están empeñados en lo mismo. Si alcanzar el espíritu fuese un regalo de la deidad, a qué tanto esfuerzo. Una vez lograda hay que mantenerla, y aumentarla. Pero conforme uno se va haciendo viejo disminuye, yo lo he comprobado en muchos espirituales, que de viejos iban perdiendo lo antes alcanzado; en el espíritu se decae exactamente igual que en el arte. Hace falta llevar una vida recogida, siempre con la diosa, siempre rezando, siempre sintiéndola cerca, y ella vendrá, como se dice en el Evangelio de Mateo: "Porque

donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (18 20).

Seguramente para convertir el (des)entrañamiento primordial en religión hace falta un poco de *apego*, que al hacerse espíritu ya se hace *anhelo*; el apego es pernicioso porque se trasvasa a la compañera erótica y te hace dependiente e impositivo. Si lo conviertes en religión, ese peligro se evita. Nuestro objeto es ir pasando de esta situación de medio apego a *dao*: que la oración se vaya haciendo cada vez menos súplica y más potenciación. Es posible, yo no lo he logrado, pero es que empecé muy tarde y además ¡estoy ocupado en tantos asuntos!; tengo la esperanza de acercarme. Entre el apego y *dao* me hallo, *dao* es ya sin dualidad, paridad, integración recíproca y total, que sólo se puede conseguir en el tránsito de la unión y de la comunión. *Dao* es la mayor viveza, como los niños, con esa inocencia, con esa confianza, con esa dulzura, con esa potencia amorosa, con esa libertad. Yo no lo he logrado, no soy un santo ni lo pretendo, ni un *gurú*, ni un maestro espiritual; tan sólo un hombre religioso.

La vida es madre en el sentido en que decimos: 'vino madre', es el manantial de donde nace nuestra alegría, amor, y también dolor. Sin ella seríamos sólo representación, como autómatas. Es la noesis sin noema, acción sin resultado. Adorar la vida es vivir en lo originario, sin el peso del cagallón.

La afirmación de que los que se han sentido queridos por su madre son felices lo leí en Herodoto; Freud lo confirma a pesar de que este hecho desvirtúa su afirmación de que es el padre lo más importante para el hijo:

"Toda mi fuerza tiene su *raíz* en mi relación con mi madre" (Arte 211);

"cuando alguien ha sido el favorito indiscutible de su madre conserva a través de toda la vida aquella *seguridad* conquistadora, aquella *confianza* en el éxito que muchas veces basta realmente para lograrlo" (ib).

"He averiguado que las personas que se saben preferidas o distinguidas por su madre poseen en la vida aquella *confianza* en sí mismas y aquel indestructible optimismo que parecen heroicos muchas veces y conducen al verdadero éxito" (Sueños 2 278)

Son tres las palabras que me parecen más importantes: que la raíz de mi vida está en la integración primigenia, y que cuando es sin problemas, cuando no hay extrañamiento en ella, sus dones son la confianza y la seguridad. Pero nosotros estamos diciendo lo contrario, que el desentrañamiento es la causa de la creación, tanto en el arte como en el espíritu. Está bien documentado en *Poética de Fondo*. Anhele:

"Me tienes a mi, y alborea de nuevo
entre tu y yo el viejo amor.
Me llamas, me atraes hacia ti cada vez más.
Y si crece la ola y la madre tiende
sus brazos para rodearme ¡ay! ¿qué puedo,
qué puedo temer aún?. Tal vez otros se asusten,
es cierto. Pues se trata de su muerte.
¡Oh tú, a quien tan bien conozco, tú,
llama encantadora y terrible"(Hölderlin 178)

O desarraigo:

"Incontenible quiero cumplir en la vida mi camino,
me asusta si algo mortal me detiene.
Un regazo me detuvo una vez,
lucha mortal fue arrancarme de él.
Me abrí paso a la vida"(Rilke 400)

Tiene que haber las dos cosas, amor y odio, anhele y desarraigo en batalla cruel; y también en el espíritu:

"Recogidos aquí, pues, en esta inflamación de amor
todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella
herida y tocada, según todos ellos, y pasionada,
¿cuáles podremos entender que serán los movimientos y
digresiones de todas estas fuerzas y apetitos,
viéndose inflamadas y heridas de fuerte amor y sin la
posesión y satisfacción de él, en oscuridad y duda,
'padeciendo hambre como los canes' que dice
David, 'rodearon la ciudad y, no se viendo hartos de
este amor, quedan aullando y gimiendo"(Juan 2N11 5;
463)

Me potencia más ser infante de una Madre que de un Padre,
por eso en el Ejército tienen a la Virgen como patrona y
los marinos dicen 'la mar' y no 'el mar'. La recepción
como deidad promueve en mí la espontaneidad y la acción, la
expresión y la unión como complementarias de la recepción.
Por el contrario es imposible que yo este embarazado de un

dios, me abren y no lo encuentran; si la dación es Él yo estoy condenado a ser su recepción, la mamá.

Todos llevamos en el corazón la riqueza inagotable del amor que nuestra madre nos tuvo. ¿A quién endiosar mejor que a ella?

Me gustan esas mujercitas delgadas i ignorantes que aman mucho a sus hijos; yo he tenido una madre así y la he amado más de lo que pueda amar nunca a nadie.

Sólo hay una cosa en mi pasado que no es ni será nunca pasado: mi madre, que siempre, aunque está ya muerta, siempre será presente; el resto es sólo congelación y muerte.

La madre va afanosa de un lado para otro: solo `preocupada de su niño, que duerme plácidamente y sonrío. Es su dios; no tendrán otro ninguno de los dos. Pero sólo ella te ama más que a sí misma. ¿Te ama Dios más que a sí mismo?

He aquí la vida desde fuera:

“Es la Virgen Madre; es la Madre de Dios. Es la pobre Humanidad dolorida. Porque aunque compuesta de hombres y mujeres, la Humanidad es mujer, es madre. Lo es cada sociedad; lo es cada pueblo. Las muchedumbres son femeninas. Juntad a los hombres, y tened por cierto que es lo femenino de ellos, lo que tiene de sus madres, lo que los junta”(Unamuno *Quijote* 334).

El amor que sentiste por tu madre sabe que no lo sentirás ya por nadie. La infancia es, pues, algo así como una nostalgia para el adulto, el paraíso perdido. Amarás a tu mujer y a tus hijos con un amor desinteresado y adulto, dándote, pero no como aquel niño desvalido que recibía todo lo que pedía con la seguridad plena que ya nunca tendrás en nadie.

Entonces, si hay que hacer Dios a alguien que sea a la madre.

Cuando es vieja y egoísta o loca o cuando se ha muerto, tienes aquella experiencia de amor en el recuerdo y puedes ponerla en lo que en realidad es tu madre: la vida.

Esta mujer loca, que me insulta, a la que he traído al hospital, ¿es mi madre? Lo es, aunque no se porta como tal. Podríamos decir mejor que lo fue; ahora yo no soy hijo suyo, sino un enemigo.

Fue mi madre cuando yo era niño; ahora mi única madre es la vida.

Mi propia madre es figura de la vida, es el vehículo con el cual puedo llegar a la vida, que es acción pura.

Mi pobre madre, está loca.

Mi diosa no es mi madre, que es la vida, pero la actitud que yo tenía de niño con mi madre me sirve de modelo para relacionarme espiritualmente con ella. Cuando yo tenía 8 años mi madre era lo más importante para mí. La sabía siempre mía, siempre preocupada por mí, lo que a mí me pasaba le importaba a ella más que a mí mismo. Esto hacía que siempre estuviese presente para mí. Si estaba jugando en la calle o iba y venía de la escuela, ella 'estaba', la sabía en casa esperándome. Mi hogar era ella, si salía regresaba siempre a ella: Así he de considerar a mi diosa.

Convertir a la vida en madre me convierte a mí en niño, lo cual me hace más vital, porque sabemos que la niñez lo es más que la adultez. Un niño que anda por ahí sabiéndose querido incondicionalmente, eso quiero ser yo con mi diosa.

"Yo solía adorar a mi madre con flores, y pasta de sándalo" (Ram 3 209)

El Hijo en estos pagos es de la Madre, no del Padre. Véase sino en la Semana Santa: es más importante la Madre incluso que el propio Hijo.

La manera mas natural de amar a la vida es a través del amor de nuestra madre.

"Que mi vida se precipite en vuestros brazos y no se deshaga de ellos hasta esconderse en el misterio de vuestra faz" (Agustin 727)

¿Puede decirsele esto a un hombre?

Es la madre quien nos da la vida:

"Las funciones del que designamos hemisferio dominante, verbal o lógico son atributos de los dos prgenitores, pero en forma más decisiva de la figur paterna. En

cambio todo el orbe, rico en matices, en realidades mágicas, sutiles, en impresiones globales, indiferenciadas es estimulado por el cariño maternal" (Rof 42)

Un adulto sin religión es un ser contrahecho, la religión nos devuelve la dulzura de la niñez.

En *Revolución irmandiña* creo que encontré la vida como nación en la figura de la Rapaza. Hace muchos años lo había intentado también con la figura de una loca llamada Patria, en *España negra*. Ahora propongo una religión cuya divinidad sea la propia nación considerada también desde la inmanencia. Ya en los estudios de Sociología se admite que la nación es una noción inmanente, que pueden hacer o no los nativos. La nación en nosotros, que fundamentalmente consiste en lograr la solidaridad. En *Prisciliano de Galicia* se trata también de la nación, ahora no desde la revolución, sino desde la religión. Espero volver a ella pronto.

La humanidad siempre ha sido religiosa porque siempre ha anhelado: primero era su deidad la Madre, durante 20.000 años; después le pusieron un Padre omnipotente para hacer dominante la nación.

'Dios es fruto del anhelo materno', esta proposición es demostrable en Platón, Plotino y san Agustín: El origen desentrañal del espíritu hace nimias las diferencias entre el monoteísmo y nuestra religión vital o dual; esencialmente la 're-religión' es una necesidad de 're-ligarse', de volver a la integración primera. Pero de un anhelo inmanente no se puede concluir una deidad trascendente, como hace el monoteísmo. Platón nos habla de trasmundos y reminiscencias, pero es Plotino el filósofo del entañamiento previo y de su anhelo:

"'Huyamos, pues, a la patria querida' (1 6 8);

"zarparemos como cuenta el poeta... que lo hizo Ulises abandonando a la maga Circe... la patria nuestra es aquella de la que partimos, y nuestro Padre está allí..." (1 6 8),

equivocando el origen. Agustín se debate entre la realidad de un entañamiento previo y su monoteísmo que lo niega:

"¿De qué manera, pues, busco la vida bienaventurada? Porque yo no la poseo hasta que digo, hasta que no

puedo dejar de decir: 'Basta; está allí'. ¿Y cómo la busco? ¿Acaso por el *recuerdo*, como si habiéndolo anteriormente olvidado tuviese todavía conciencia de mi olvido? ¿Acaso por el deseo de saber lo que ella sea, ora no la hubiera conocido jamás, ora de tal manera la tuviera *olvidada*, que ya de mi olvido no tuviera ni el recuerdo? ¿Por ventura no es la vida bienaventurada aquélla que todos quieren y que no hay absolutamente nadie que no la quiera? ¿En dónde la conocieron, pues así la quieren? ¿En dónde la vieron para así amarla? seguramente *la poseemos*; el modo no lo sé" (551)

El modo no puede ser otro que el entañamiento primordial
"...Me afano por saber si esta noticia reside en la *memoria*. Si reside en la memoria, es que *algún tiempo fuimos bienaventurados...*" (552).

su dios estaba en él antes de haberlo conocido:

"Tarde os amé hermosura tan antigua, tan nueva, tarde os amé. Y he aquí que Vos estabais dentro de mí, y yo de mi mismo estaba fuera. Y por defuera yo os buscaba...Estabais conmigo y yo no estaba con Vos, gusté, y tengo hambre y sed, me tocasteis, y encendíme en el deseo de vuestra paz" (562)

que son sentimientos enteramente maternos. Si buscásemos al dios para saciar el anhelo porqu pensamos que al ser infinito colmaría mi ansia infinita, ¿cómo podría un ser abstracto, dogmático hacer de maternal recepción? Sólo reviviendo el entañamiento primordial, ahora genéricamente y por lo tanto sin la limitación de dos personas, lo único que puede lograrlo.

Había dejado ya la poesía, pero contigo vuelvo porque tú eres su fuente, solo te puedo sentir en el poema o en el rezo.

A todo cuanto diga, cuando muera,
no le hagáis caso,
sólo a lo que cantaba
montaña arriba,
cuando Dios era el azar y la vida su niña;
ahora sólo queda la nostalgia,
y la flojeza del pie

que presente la sima.

Experiencia espiritual

Tu cuerpo fue pudriendo lentamente,
y ya apenas quedará nada,
pero mi apego sigue año tras año;
tu alma se perdió en la nada
pero la mía está hecha de ese mal:
que se abra,
que deje también ella los gusanos,
que renazca.

Tantos años, ya apenas quedarán los huesos en tu sepultura, pero esta tarde siento algo que nunca antes había sentido, es un sentimiento sagrado, una vivencia como de templo. No es nada imaginado, porque yo soy el más sorprendido. Quería reflexionar, pero me sale esta letanía que más que filosofía es religión. Es algo que nació contigo pero que ahora está sólo en mí, que recordaré mientras viva. No es ni poema, ni sentimiento, es algo sagrado que tiene aroma de templo, es religión. No lo sentía junto a tu sepultura, que sólo me traía recuerdos. Ahora esta lejanía me acerca más, y te siento como devoción. Estoy sintiendo lo sagrado por primera vez; antes sólo era temor, asunto de eclesiásticos, ahora lo siento como amor. Es un sentimiento nuevo. Yo soy ahora mayor que cuando tú vivías, hace tantos años, sin embargo este sentimiento es actual, como si estuvieses conmigo. Es un sentimiento tan profundo que no es posible que se olvide, antes me acabaré yo. Sólo quería pensar recordando, pero sólo puedo sentir, porque vuelvo a ser niño, cuando tú realmente eras para mí toda la vida. Yo había dejado ya la poesía pero contigo vuelvo porque tú eres su fuente sólo te puedo sentir en el poema, o aun más hondamente en el rezo.

Si yo fundara una religión, haría mi templo aquí, donde por primera vez sentí lo sagrado como un gran amor. Hoy he vuelto al mismo lugar a la misma hora y ya no lo volví a sentir: es como si ayer ella me recibiera y hoy estuviese vuelta de espaldas. Aquello fue un regalo y una invitación. Ahora tendré que esforzarme para volver a sentirlo. Pero no vale la voluntad, sólo para venir aquí y para no alienarme; lo demás ya no depende de mí. Me encuentro como expulsado. Pero ahora sé que existes en mí como un sentimiento de totalidad. Yo seguiré viniendo y cuando estos horribles calores se vayan y llegue el

invierno, tal vez algún día vuelva a encontrarte, Madre. Pasarán días y días, tal vez acabe por pensar que fue una ilusión. Pero yo sé que no. Era un sentimiento de sagrado amor, de confianza, de saberme tuyo para siempre. A los 8 años tuve, cuando volvía de la escuela un sentimiento semejante, pero más limitado. Ayer era como si al fin regresase a casa. Es un sentimiento relacionado con la infancia, pues estaba contemplando el cementerio en donde yaces desde este altozano, recordando seguramente algo que sentía con ella al comienzo de mi existencia, que después se borró. Era un sentimiento de paraíso, de una alegría honda y total. Después regresé a mis asuntos y no volví a recordarlo. Hoy a la misma hora quise retornar a él, y estaba lejos. Pero yo sé que algún día volveré a sentirme tuyo, Madre, rama de tu árbol, ola de tu mar. No fue un favor de mi madre, de la que ya no quedan ni los gusanos. Era una inmanencia, un recuerdo de algo muy antiguo que todavía guarda mi cerebro y que el recuerdo de mi madre me hizo revivir.

Como los que adoran las reliquias de los santos, yo también vengo aquí a adorar, pero no a mi madre sino a la vida que hice con ella en la infancia; ellos son supersticiosos, yo vengo a buscarme a mí mismo aquí arriba, a regresarme, a retornar, y mi madre es el vehículo. Vengo a sentir lo que sentía con ella de niño, a regresar al paraíso, vengo a olvidarme por unos momentos de mí mismo, vuelvo a aquella sagrada paz. ¿Y el apego del que quería escapar? Pero aquí no se trata de eso, pues el apego implica extrañamiento y miedo; aquí se está en el entrañamiento mismo, la escisión aún no había venido, por eso tampoco se trata de anhelo. Aquí es un sentimiento de bienaventuranza y paz. Yo, que comencé estos aforismos con la voluntad de mantenerme en la filosofía, ahora estoy en la religión, pues esta vivencia mía no es algo razonable ni demostrable: es sólo para vivir y no para pensar. Pero volveré a la filosofía, y que esta experiencia quede sólo como algo personal.

Desde el 27 de Agosto de 2012 yo sé que la experiencia mística de totalidad que han vivido los santos es real, pero materna. Han recordado y revivido algo que estaba en ellos: la vivencia infantil con la madre. Yo he tenido dos: una a los 8 años y otra ahora a los 78, y las dos han consistido en lo que dice Schleiermacher: un sentimiento de 'absoluta dependencia'. En la primera fue un claro sentimiento de amor por mi madre; la segunda estaba menos

íntimamente referido a ella. Me vino cuando la recordaba y contemplaba el lugar donde yacen sus restos, pero no directamente. Son muy diferentes, porque la primera fue un sentimiento de ser amado por ella, de sentirme recibido. Yo iba pensando en otras cosas por un lugar en el que generalmente me sentía extraño y de pronto me vino la certeza de ser querido por mi madre. Me la imaginaba en casa y que en seguida la iba a ver. En esta segunda, 70 años después, yo estaba contemplando desde un altozano el lugar donde yace, recordando mi infancia y me vino algo así como grande y sagrado que me acogía. Esto segundo se parece más a lo que han sentido otros como acogimiento divino. Aquello de antes no me sorprendió, sólo me congratuló; esto de ahora es de más altura y me certifica que las ideas que se expresan en estas reflexiones sobre la divinación de la maternidad son verdaderas. El 'se me apareció Dios' es revivir plenamente y por unos minutos el entrañamiento primordial.

La religión nació en mí a los 8 años, la religión verdadera porque la otra, la del temor, me la habían inculcado mucho antes. Estaba tan confundido que en la adolescencia quería ser franciscano sin creer en Dios; se lo dije a Julita, mi profesora de literatura, que se preocupaba por mi formación literaria, y se escandalizó, pero yo intentaba -sin saberlo- juntar así las dos religiones. La experiencia del arte me vino mucho antes, a los 2 años y medio; ya lo he contado en otra ocasión pero ahora voy a intentar explicarlo mejor. Había en casa una foto, que yo tengo ahora entre mis papeles, de un tío mío que se parecía mucho a mi padre, con su novia, sentados en el campo en Rivadavia, de donde era ella. Yo, cuando miraba la foto, 'sabía' que delante de la pareja estaba el mar. Sin embargo aquella villa es del interior, a la orilla del río Miño. Lo 'sabía' porque yo en julio de 1936 -había nacido en diciembre del 33- viví una experiencia similar a la de la foto, en la que sí había mar. A mi padre lo reclutaron a toda prisa sin poder despedirse de mi madre y lo mandaron al cuartel de Infantería de A Coruña y ella tuvo que llevarme consigo cuando lo fue a ver, seguramente porque su nuevo embarazo me ponía nervioso. El cuartel estaba junto al mar. Ellos se sentaron junto a él supongo que como en la foto y me dejaron solo; yo me consolé con la vista asombrosa del océano que allí es mar abierto. Se me juntaban así los celos de mi padre y la belleza de la totalidad, es decir,

vivía en lo que luego llamé anhelo. Todo esto son cábalas, apoyadas por la foto que digo y porque cuando algún niño me hablaba del mar yo le decía que ya lo había visto, sin haber salido más de Compostela; y cuando lo vi de nuevo recuerdo que no me impresionó como a mis compañeros. Y la mar fue ya siempre para mí imagen del anhelo; después la he poetado mucho, pero quise siempre que fuera la mediterránea, materna.

Hay una diferencia importante entre la primera vivencia y la segunda: en aquélla era posible sentir la vivencia actual de pertenencia porque tenía a mi madre en casa, pero en la segunda yo no podía sentirla porque ella hace ya 20 años que ha muerto. Yo puedo sentirme querido por Carmen ahora porque vive conmigo, pero si se muriese no, aunque el recuerdo fuese muy grande. En esta segunda vivencia mi madre sigue existiendo puesto que es actual, porque se trata de la madre interior que guardo en mi cerebro. Y esto me hace considerar que también en la primera sucedía esto. Yo tuve un diente mellado hasta hace unos años que me lo sacaron para un implante, porque un vez que venía de la escuela ella me mandó a un recado y yo no quise ir, tenía la boca junto a la barandilla del balcón y el cachete me rompió un diente. Yo me sentía querido por ella, es cierto, pero las circunstancias de nuestra vida familiar no hacían posible ningún idilio.

En la adolescencia tenía ensoñaciones de grandeza con mi madre: me imaginaba que tenía una mansión y la invitaba a ella, pero no a él, a pesar de que eso me llenaba de culpa. Recuerdo una mañana, cuando mi padre se hizo propietario de una taberna, que en seguida le embargaron. Era domingo, toda la familia estaba allí, yo horas y horas en la cama soñando; me levanté a la hora de comer, caminaba mareado atravesando la ciudad hasta cerca de la catedral, en donde estaba 'La campana'. Pero esto no tiene nada que ver con lo anterior, pues aquí se trata de apego y del complejo de Edipo, con el triángulo completo, en cambio la vivencia de los 8 años es de entañamiento, tal vez una vivencia de totalidad que procede de cuando era bebé, aquí no hay conflicto con el padre, porque no lo hay todavía. La de adolescente es de raíz erótica; la de los 8 y la de los 78 años es de raíz mística.

Esta última experiencia materna me trae a la memoria otra muy importante para mí relacionada con ella. Hubo un tiempo

en que vivían en la casa, que era de mis abuelos, en el piso de abajo un hermano de mi padre viudo con cuatro hijos, casado con una prima, que tenían medio abandonados a los hijos, sobre todo a Armando, que tenía una pierna más pequeña y andaba encogido apoyando la mano en la rodilla; después se hizo vagabundo. Por la noche cantaba y me imaginaba que lo hacía llamando a su madre muerta; yo en sus condiciones lo haría, por eso creía que él también. El caso es que esta canción de Armando vagabundo es la que yo imito sin querer en mi oración vespertina. También yo canto, pidiéndole a mi Madre que venga, y realmente lo hace porque la canción calma mis preocupaciones mundanas y me deja así abierto el camino hacia ella.

Con esta última experiencia acaban mis reflexiones sobre la religión filosófica inmanente. Es como si tuviese de nuevo 8 años y desapareciesen los 70. ¿En qué los habré gastado, si ahora vuelvo a ser niño? Vengo de un mundo que dejó a mi espalda: aquí estoy mirando el lugar en donde mi madre está igual que cuando llegaba de la escuela y la veía en el balcón. Cuando venía con Paco, hablábamos de nuestros asuntos, pero cuando él no estaba, yo regresaba introvertido y recuerdo algunas cosas. Que una vez llovía y estrenaba unas zapatillas y para no mojarlas vine a casa descalzo, mi madre me alababa comentándolo con una vecina. Recuerdo también la primera vez que supe de latinajos amenazantes eclesiásticos que leí en un papel que encontré en el canal cerca de casa. Otra vez llegué el primero a la escuela, que estaba en un claustro románico, y en aquella soledad sentí la necesidad de romper el muro que me impedía conocer la verdad del mundo que los adultos tenían y yo no. Estoy recordando estas cosas aquí donde hace unos días te sentí cercana, Madre, por si se te ocurre volver, pero nada cambia. Me voy tan solo como he venido. Yo sé que la voluntad no, pero sí la constancia. También sé que los sitios no importan, no seré yo quien convierta este lugar en sagrado. Puedo tenerte igual en cualquier otro, porque tú, Madre interior, estás en mí, y no fuera.

Empecé filosóficamente estas reflexiones, ahora ya no necesito pensar más sino vivir o revivir algo ya experimentado. Me recuerda esta situación mía la de los embrujados, es como si me hubiera contaminado de un mal, y mi actitud filosófica de antes displicente, ahora se ha hecho humilde. Quiero que vuelva aquello, que seguramente

no volverá. Pero ¿busco a mi madre muerta? No, ella no ha sido más que un medio para la creación de esta otra interior, que es a quien busco para integrarme con ella y hallar la paz. Estoy roto, ahora más que antes. Es una vieja aventura. Para ellos también su dios es un medio, aunque no lo sepan o no quieran saberlo, para alcanzar lo mismo que quiero yo: el paraíso, el entrañamiento primordial. ¿Aquél de entonces? También es medio: el de ahora, que es la santidad.

Yo sé de hombres religiosos que tuvieron una experiencia mística similar, que fue un regalo, y lo que vino después fue mucha desesperación por no volver a encontrarla. Tal vez sea yo también uno de esos. De todas maneras lo que venga a continuación quiero que sea una aventura personal, que no quiero escribir, porque sé también que la alienación lo distorsiona todo. ¿Cuánto habrá en todo esto de narcisismo, de mentira, de autoimagen? Intentaré acrecentar mi vida religiosa en la sencillez y la humildad, y no escribiré ni una palabra más.

Quería acabar esta obrita filosóficamente, tal como la he comenzado, pero surgió lo inesperado. Yo todos los veranos dejaba la filosofía y en los dos meses de julio y agosto me dedicaba a la poesía por la sierra de Gredos o el Mediterráneo. Este verano por primera vez dejé la poesía y continué con estos aforismos, que había comenzado en invierno. Los iba escribiendo en mi cuarto, pensados a veces en la caminata que me hago por las tardes, generalmente a un montículo desde el que se ve la parte del cementerio de San Isidro en que está enterrada mi madre. Este verano también fue anómalo, porque ahora me canso subiendo por los montes y ya la poesía no es mi medio de expresión, que es la escultura; así que me llevé ordenador y ficheros para seguir con el libro segundo de la Poética; caminaba un poco por la mañana y otro poco por la tarde, por lugares llanos y llevaba el cuaderno para seguir con los aforismos. En julio todo fue bien pero en agosto vinieron dos familias con niños que hacían mucho ruido y además Carmen se cayó y quería que la viese un médico porque le dolía la cabeza del golpe. Así que, como yo tampoco me encontraba a gusto, regresamos a Madrid el día 22 de agosto.

Aquí seguí con el trabajo antedicho y los aforismos por el camino acostumbrado. Quería pensar en mi madre delante de

su cementerio. Pero me venía poesía y no filosofía, y después sentí como una oleada de paz y profundidad desconocida, que yo intentaba describir; duró 8-10 minutos. Los días siguientes intenté que se repitiese aquello sin conseguirlo, pero desde que tuve la vivencia de totalidad frente al cementerio, mi oración vespertina, que es como un intento de internarme nadando en la mar, avanza un poco más. La experiencia vivida era como si una ola me arrastrase limpiamente.

Antes se trataba de deducciones sobre la inmanencia del espíritu; ahora impensadamente, tengo un poco de su realidad. Pero lo curioso es que me encontraba más a gusto antes filosofando que ahora contando estas cosas personales, y que ahora no soy más feliz, sino más bien al contrario.